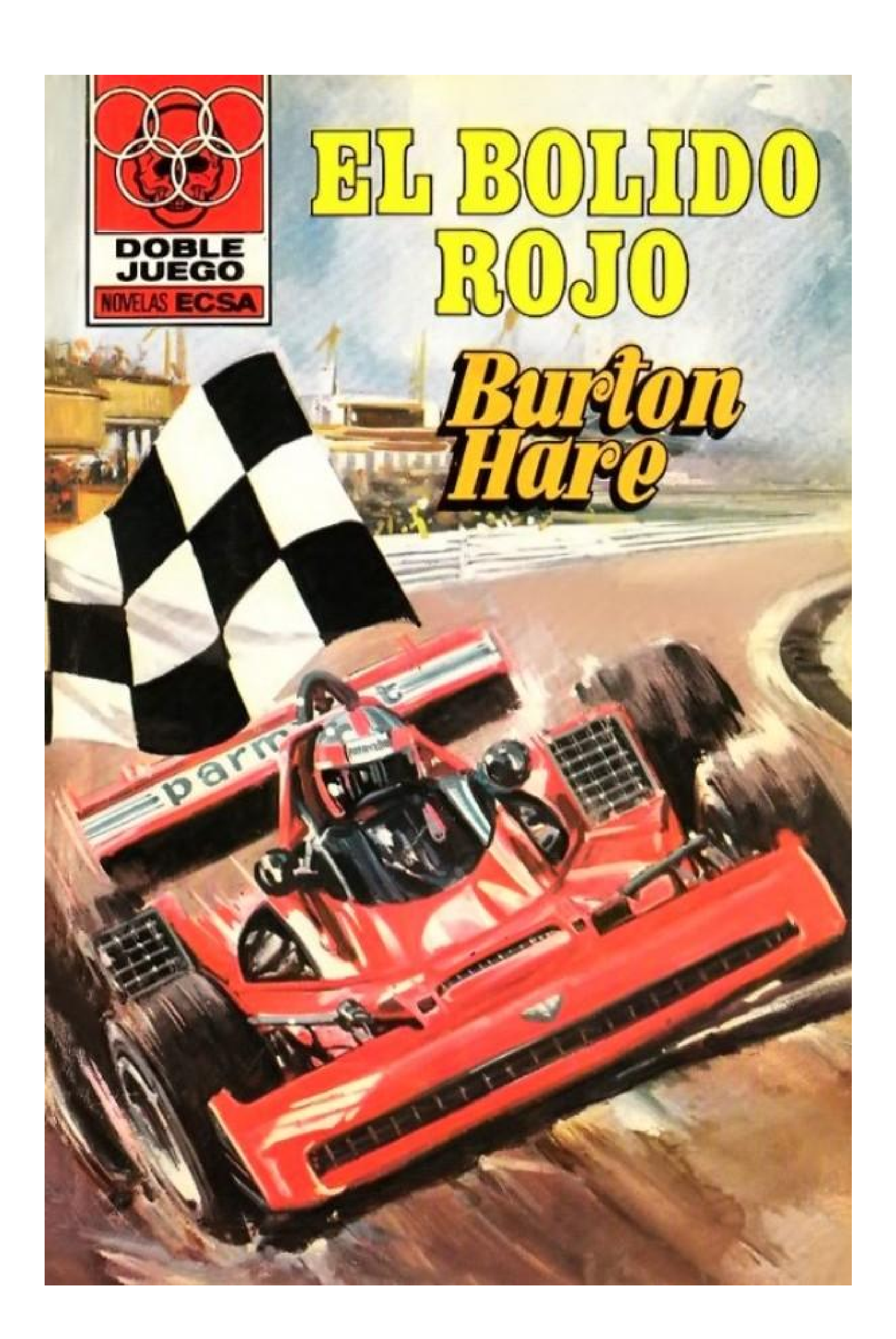
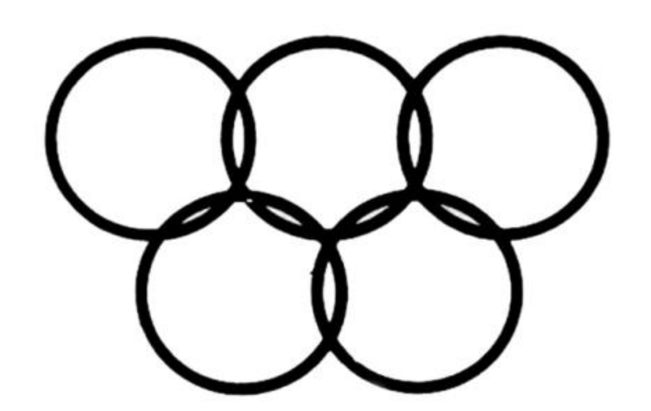

DOBLE
JUEGO
NOVELAS ECSA
EL BOLIDO
ROJO
Burton
Hare



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

BURTON HARE

EL BOLIDO ROJO

**Colección
DOBLE JUEGO n.º 36
Publicación semanal**

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1982
1.ª edición en América: junio, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,630) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Yacían desnudos sobre el lecho. Había anochecido y a través del enorme ventanal entraba la brisa suave que despedía el calor de un día que moría lentamente.

La muchacha ladeó la cabeza y trató de ver los rasgos de él en la penumbra. Solo consiguió distinguir el duro perfil masculino, sin expresión alguna.

Suspiró para sí, sintiendo de nuevo aquella extraña angustia.

—¿Rob? —murmuró.

Él no se movió. Seguía inmóvil, la mirada perdida en la oscuridad del techo.

—Rob, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Les dijiste que hoy decididas.

—Cállate.

La muchacha se incorporó, apoyándose sobre un codo. Desde esa nueva posición fijó la mirada en los ojos inmóviles de Rob Gill y susurró:

—No puedes volver, Rob.

—Cierra la boca, cariño.

—Sabes que no puedes volver a correr. ¡Maldita sea! Lo sabes tan bien como yo y sigues atormentándote.

—¡He dicho que te calles!

—No quiero. ¿Por qué habrías de volver a arriesgar la vida estúpidamente? No lo necesitas. No necesitas matarte en uno de esos malditos ataúdes rodantes por un puñado de dinero. No dejaré que lo hagas... no te dejaré...

El parpadeó en la oscuridad. Sentía los nervios tensos como cuerdas de violín. Su voz sonó bronca, chirriante, cuando gruñó:

—No entiendes nada, Lessy.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Si uno vuelve, después de lo que pasó, no es por el dinero.

—Entonces, ¿por qué? Oh, Rob, eso sería desafiar al destino. Tuviste suerte una vez, pero si volviera a ocurrir...

—¡Maldita sea, cállate!

Ella sacudió la cabeza. Inclinándose, buscó sus labios y durante una eternidad trató de que su llameante beso redujera la tensión que dominaba al hombre desde hacía horas y horas.

Después, jadeante, susurró:

—Olvídalo todo. Nos iremos de aquí. Hace años que no estoy en Europa. Tengo una casa en la Costa Azul, ¿lo sabías? Es un paraíso en este tiempo. Allí...

—No puedo darme ese lujo.

—Pero yo sí. ¿Qué voy a hacer con el dinero si no lo gasto? Iremos a la Costa Azul.

—Para ti es lo mismo comprar un coche que comprar un hombre.

Ella dio un respingo.

—¡Rob!

—Lo siento. No debí decir eso. Discúlpame, pero deberías comprender que esta situación no puede prolongarse más tiempo.

Saltó de la cama y buscó un cigarrillo. Tras encenderlo se acercó a la ventana y se quedó allí, la mirada perdida en la negra inmensidad del firmamento en el que brillaban miríadas de estrellas refulgentes.

—Tengo que hacer algo —dijo como si hablara para sí mismo—. Me he convertido en un *gigoló* inútil, bueno para nada. Y nunca volverá a presentarse otra oportunidad como esta.

—¿Qué oportunidad? —se encrespó la muchacha—. ¿La de matarte, de hacerte pedazos?

—La oportunidad de que vuelvan a confiar en mí. De que yo mismo vuelva a confiar en mí.

—No creo que te comprenda jamás.

Él se volvió. En la oscuridad, la silueta de su cuerpo elástico y fuerte se recortaba contra la tenue claridad de la ventana.

—Las grandes marcas no volverán a poner un coche en mis manos nunca más, Lessy —dijo, sombrío—. Pero sí lo hará un promotor privado que solo busca la publicidad. Y esta es la ocasión.

—De modo que piensas aceptar esa propuesta...

—Sí.

En la oscuridad se escuchó perfectamente el largo suspiro de la muchacha.

—No podrás —dijo con voz tan quebradiza como el cristal—. Cuando te metas en una de esas malditas máquinas pensarás en lo que pasó… pensará en Labuse y no podrás ni ponerlo en marcha.

—¡Condenación, cállate!

—Labuse también pensaba que el mundo era suyo cuando tenía un volante entre sus manos…

—¡No le nombres, maldita sea!

—¿Te duele?

—¿Tú qué crees?

Rabiosamente, tiró el cigarrillo por la ventana y empezó a vestirse en la oscuridad. Ella dio un salto fuera de la cama.

—¿Adónde vas, Rob?

—No lo sé. A la calle, fuera… Al infierno.

—No, perdóname. No volveré a nombrar a Labuse. No volveré a…

—Ya lo hiciste.

—Espera, me visto y saldremos juntos…

—No. Quiero estar solo esta noche.

Ella contuvo el aliento. Presintió que lo perdía, que aquel hombre que parecía haberse metido en su sangre se apartaba de ella definitivamente y se sintió vacía y muerta, como si el corazón dejara de latirle y se fuera detrás de él, de su recuerdo.

Rob Gill dio un portazo al salir del lujoso apartamento. Anduvo sin rumbo un buen rato viendo allá abajo, como un fantástico decorado de una película colosal, la inmensa extensión de chispeantes luces de Los Ángeles desparramándose millas y millas, como si todas las estrellas del firmamento se hubieran concentrado en esa porción de tierra extendida a sus pies.

Se acodó en el mirador de Granville Terrace y fumó un cigarrillo, pensativo y preocupado. En su fuero interno sabia que debía aceptar el inesperado ofrecimiento, pero no ignoraba que los temores de Lessy eran algo más que eso: eran la certeza de que él no había olvidado la muerte de Labuse, ni los meses de hospital, ni el terror y la incertidumbre, ni las pesadillas. Ni el remordimiento.

No había olvidado nada.

Pero volvería. Ahora ya no dudaba.

Volvería…

Siguió andando sin ninguna prisa cuesta abajo. El amplio paseo

bordeado de grandes tilos torcía a la izquierda, y más allá de la curva se abría un lujoso club.

Rob entró y acercándose a la barra pidió un *whisky* con hielo y el teléfono.

Sonaba una música tenue, melódica, que parecía brotar de las paredes. Entre la cadencia musical se oían retazos de conversaciones, de voces quedas que flotaban en la penumbra.

El camarero colocó un teléfono portátil sobre el mostrador y luego fue en busca del *whisky*.

Rob marcó un número que sabía de memoria. Al segundo timbrazo una voz masculina inquirió:

—¿Sí?

—Quiero hablar con el señor Natham.

—¿Quién es usted?

—Rob Gill.

—Espere un minuto…

El camarero trajo el vaso empañado por el hielo. Rob bebió un sorbo y entonces otra voz resonó en su oído.

La voz preguntó:

—¿Se ha decidido, Gill?

—Sí.

—Así que acepta nuestro ofrecimiento, ¿no es cierto?

—Lo aceptaré definitivamente cuando hayamos concretado todos los detalles que quedan pendientes.

—Oh, claro, claro, me parece correcto. Informaré al señor Mendelberg y estoy seguro de que le satisfará su decisión. Tenía mucho interés en contratarle, Gill. Es un gran admirador suyo.

—¿Qué tal si nos vemos mañana y terminamos con todos los preliminares?

—Tendré su contrato a punto de firma.

—De acuerdo.

—En mi oficina a partir de las diez de la mañana.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Rob apuró el *whisky* sin prisas, escuchando la música, las voces suaves; quizá también escuchando sus propios pensamientos.

Cuando encendió un cigarrillo se sobresaltó al descubrir que sus dedos temblaban.

Se le antojó un mal presagio.

CAPÍTULO II

Rob Gill desplegó el periódico y dio un vistazo a los titulares.

Hablaban de él y de su vuelta a las grandes competiciones de Fórmula 1. Incluso le comparaban con Niki Lauda.

Los tiró a un lado y salió del coche.

El circuito de Long Beach se cocía bajo un sol de castigo. La pista estaba desierta y Rob no vio más que a un hombre que le hacía señas con la mano desde una gran distancia.

Echó a andar. Los *boxes,* desiertos, tenían un extraño aspecto desolado. Caminó negándose a analizar las sensaciones que todo aquello le inspiraba.

El hombre vestido con un mono azul celeste le saludó a gritos mucho antes de que llegara hasta él. Luego, le abrazó y Rob pudo advertir la emoción que le dominaba.

—Bueno, Falk, otra vez juntos...

El experto mecánico asintió.

—Me alegro de verte. Rob... Siempre supe que volverlas a correr. Nunca lo dudé.

—Pues sabías más que yo.

—Tonterías. Tú naciste para eso, muchacho.

Rob Gill se echó a reír. Nunca había tenido un amigo como Falk.

—¿Qué tal es el cacharro? —preguntó.

—Una joya, eso es lo que es. Llevo tres días trabajando en él y no tiene un fallo. Lo único que me cae gordo es el color.

—¿Qué pasa con eso?

—Es rojo.

Gill se encogió de hombros.

—¿Y qué más da?

—Demasiado chillón. Parece una mujerzuela acicalada en noche de sábado.

—¿Y no te gustan las mujerzuelas?

Falk gruñó. Habían llegado delante de un cobertizo cerrado. Se volvió hacia el piloto y dijo:

—Ahí lo tienes. Es todo tuyo. Además, dijeron que estaban

montando otro igual en alguna parte para que nunca te encontrases sin coche. Esa gente hace las cosas a lo grande.

Gill contuvo el aliento cuando el mecánico descorrió el portón.

La luz del sol que entraba por todas partes arrancó destellos de fuego al hermoso bólido rojo.

Allí estaba.

Largo, brillante, aerodinámico.

Esperándole.

Avanzó paso a paso, frotándose las palmas de las manos contra los costados del pantalón, porque de pronto las tenía empapadas de sudor.

El mecánico se quedó en la puerta, mirándole, dejándole solo con su máquina.

Gill dio una vuelta en torno al coche.

—¿Sabes, Falk? Nunca piloté uno tan hermoso…

El mecánico siguió mudo.

El acarició el estabilizador, en el que habían, pintadas de colorines, las letras de una marca de lubricantes.

Luego, como hechizado, se paró con la mirada fija en el puesto de conducción.

Nunca supo cuánto tiempo había pasado hasta que Falk le sacó de su abstracción al preguntarle:

—¿Vas a probarlo, Rob?

Él se volvió.

—¿Está a punto?

—Seguro. Impaciente por correr. Además, lleva un depósito de combustible grande como una casa y está repleto.

Rob se despojó de la chaqueta.

—Sácalo fuera —dijo con voz ronca.

Falk dio un salto hacia el coche. Gill miró en torno y vio todo el equipo completo bien ordenado sobre un banco de trabajo.

Cambió sus ropas de calle por aquellas otras que tantas cosas significaban para él. Cosas buenas y malas a la vez.

Fuera, Falk, impaciente, pasaba un trapo por encima de la impecable carrocería que no tenía ni una mota de polvo.

Desde donde estaba vio llegar otro coche más allá de los desiertos *boxes* y estacionarse al lado del convertible de Gill. Del coche descendió una mujer.

—¿Esperabas a alguien, Rob? —gritó.

—No.

—Pues tendremos espectadores.

—¿De qué estás hablando?

Gill salió del cobertizo-taller con el casco en la mano.

Dio un respingo y gruñó:

—No debió venir... ¡Maldita sea! Le dije que no viniera...

—Las mujeres hacen siempre lo que les da la gana... ¿Quién es?

—Se llama Lessy.

—Bueno.

—No quiero hablar con ella ahora. No la dejes que se acerque, Falk.

El mecánico se alejó al encuentro de la mujer. Gill se deslizó en el asiento del bólido y se enfundó el casco.

Colocó las manos sobre el volante.

Las manos le temblaban de un modo que daba grima. Ahogó un quejido y levantó la mirada al cielo, azul, lleno de luz, brillante hasta cegarle.

Oía a lo lejos las voces de Falk discutiendo con Lessy. Temblando, alargó la mano y dio el contacto.

El motor petardeó un instante. Luego, con un rugido, se puso en marcha y los ocho cilindros zumbaron con la armonía de la perfección.

Falk y la muchacha habían callado y estaban vueltos de cara a él, como hipnotizados.

El corazón le golpeaba como un martillo contra las costillas. Las manos seguían temblorosas, pero poco a poco Gill advertía que algo estaba cambiando dentro de él. Algo que jamás sabría cómo explicarlo, pero que estaba allí, llenándole, empujándole hacia la desierta pista.

—Muchacho, es tu oportunidad —murmuró en voz alta, con un tono ronco y sombrío—. Tu última oportunidad.

Apoyó las manos sobre el volante otra vez. Dejaron de temblar.

Manejó la palanca de cambio y el coche se deslizó lento y majestuoso hacia el *macadam* de la pista.

Lo sentía latir en todas las fibras de su cuerpo. Era como si la sangre fuera bombeada a las arterias por el rítmico vaivén de los cilindros en lugar del corazón.

Aceleró un poco. El bólido rojo pareció saltar hacia adelante empujado por la mano de un gigante. Cambió y cambió otra vez, ahora seguro de lo que tenía entre manos, pero con una angustia dolorosa llenándole en oleadas.

El bólido se lanzó por la pista como una bala.

La primera curva. A la derecha. Una recta. Otro cambio y el pedal a fondo. Dio un vistazo al indicador.

Cien millas por hora. Eso estaba bien, no quería forzarlo esa primera vez.

O no se atrevía. ¡Maldita sea! No se atrevía, eso era.

Cien millas... podía alcanzarlas fácilmente con su convertible.

La curva a la izquierda surgió de pronto. La tomó con el coche dando un par de sacudidas, como conducido por un principiante. Maldijo entre dientes y apretó un poco más.

Ciento cincuenta en la segunda recta, y luego otra vez a la derecha... redujo de modo impecable esta vez y pasó como un rayo bajo el arco *Good-Year*. Una ligera pendiente y otro cambio, y otra curva y un cambio y el acelerador abajo...

Cuando pasó por primera vez frente a Falk y la muchacha, con el motor rugiendo salvajemente, había rebasado las doscientas millas y se perdió en un fugaz instante allá, en la curva, chillando los neumáticos.

Falk tenía los ojos llenos de lágrimas y apenas si pudo ver aquel relámpago rojo.

—¡Lo sabía! —sollozó.

—¿Qué es lo que sabía? —gritó Lessy—. ¿Qué va a matarse como Labuse?

—¡Cállese!

—¿Es que usted tampoco se da cuenta? Rob tiene miedo... Ya no es lo que fue antes del accidente...

Falk se volvió como si le hubiesen abofeteado.

—¿Miedo? —chilló—. ¡Maldita sea usted! Vaya y dígaselo. Dígale que está cagado de miedo. ¡Ande, hermana! Dígaselo a la cara y a la siguiente pasada se habrá matado. ¡Claro que tiene miedo! Todos lo tienen cuando están en la pista. ¿O qué había creído, que eran superhombres?

Su voz se ahogó. Iba a barbotar algo más, pero el rugido del coche acercándose le hizo girar hacia la pista.

Aquella chispa roja pasó otra vez a una velocidad escalofriante. Falk sintió que los pelos se le ponían de punta.

—¡Maldito tonto! —balbuceó—. ¿Qué tratas de demostrar ahora?

Lessy había perdido las ganas de discutir. Se oía el motor, ahora lejano, vibrando en el silencio que envolvía la tierra como el salvaje latido de una fiera carnívora. Para ella, el coche no era otra cosa en aquellos momentos que una fiera dispuesta a destruir al hombre.

Lo vio aparecer en la curva, derrapando un poco y el chirrido de los neumáticos se oyó incluso por encima del bramido del motor, pero de nuevo se enderezó y pasó zumbando ante ellos como si volara.

Incapaz de contenerse, Falk gritó:

—¡Idiota!

—Hágale señas... Se va a matar y usted lo sabe.

El sacudió la cabeza.

—No se matará... no esta vez, con nadie más en la pista.

Cuando el bólido rojo apareció de nuevo en la curva había perdido velocidad y fue reduciéndola a medida que se aproximaba al portón. Falk echó a correr a su encuentro temblándole las piernas.

Al fin, el March I se detuvo en medio de una nube de polvo. El mecánico casi saltó sobre la carrocería.

—¡Muchacho!

Gill estaba inmóvil, las manos apoyadas sobre el volante y la cabeza echada hacia atrás. Falk le quitó el casco y por un instante los dos hombres quedaron mirándose fijo.

Rob Gill murmuró:

—Los frenos, Falk... hay que mejorarlos.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—Todo lo demás es perfecto.

—Así revientes... Me los pusiste por corbata.

—¿Qué?

—Algo no debe funcionar como es debido en tu mollera. No conocías el maldito coche, y lo conduciste como si fuera tu antiguo Brabham.

—Necesitaba probarlo.

Falk gruñó:

—¿Probarlo, o probarte, Rob?

—Las dos cosas.

—Bueno, ya me dijiste el resultado de la prueba del coche... ¿Qué hay de ti?

—Miedo —susurró Gill casi sin voz—. Un miedo espantoso.

—Lógico, no me sorprende.

—Pero lo hice. ¡Condenación! Lo hice a pesar de todo.

Falk no replicó. Pensaba que lo había hecho muy bien, pero en un circuito desierto, con toda la pista para él solo...

Lessy llegó al lado del bólido rojo cuando Gill estaba saliendo de él.

—¿Estás bien, Rob? —jadeó.

—Te dije que no vinieras.

—No podía quedarme en casa, esperando.

—Bueno, ya lo viste —dijo, desviando la mirada—. No es nada del otro mundo pilotar un coche.

Entró en el cobertizo para cambiarse de ropa. Falk miraba el rojo bólido como si quisiera pedirle cuentas de toda la angustia que había sufrido.

Cuando Gill salió, con la chaqueta en la mano, se volvió.

El piloto dijo:

—Ocúpate de esos frenos, Falk. Mañana daremos un par de vueltas más, y el otro también. Cada día, hasta que conozca a ese trasto tan bien como a los de antes.

—Muy bien, Rob, pero tómalo con calma. Hay tiempo de sobra hasta la primera competición. A propósito, ¿sabes ya en cuál te inscribirán?

—No lo sé. Quisiera empezar aquí, quizá en Indianápolis. Pero si no es así nos iremos a Europa para iniciar allí la temporada.

Falk cabeceó. Vio alejarse a la pareja y gruñó un juramento. Aquella mujer le preocupaba casi tanto como el regreso de Rob Gill a las grandes competiciones.

Junto a su convertible, Gill dijo:

—Ya que viniste en tu coche habremos de irnos por separado. Nos veremos para comer. ¿En Macey's a la una?

—De acuerdo... pero me gustaría que vinieras primero a casa, Rob. Estás tan tenso como esta mañana...

—Prefiero estar solo, querida. Por lo menos, ahora.

Ella ahogó sus protestas, tomó su coche y dándole la vuelta se alejó.

A la entrada hubo de frenar para dejar paso a un Sedán azul que llegaba en aquel momento. Luego, aceleró y se encaminó a la ciudad.

El Sedán azul corrió hacia donde Gill permanecía aún parado al lado de su propio convertible. El piloto lo miró distraídamente, pero de pronto se puso rígido y sintió una corriente de hielo culebrearle por la espalda, como si se deslizaran por ella los dedos de la muerte.

El auto se detuvo y una mujer descendió de él.

Era alta y esbelta, con una figura deliciosa. Su cara morena, tostada por el sol, tenía el exotismo de unos pómulos altos, y estaba iluminada por los ojos más profundos y azules que él recordaba haber visto jamás.

—Norma —balbuceó.

—Hola, Rob.

—Me alegro de verte… no sabía que estuvieras en Los Ángeles.

—De haberlo sabido, ¿hubieras ido a verme?

Él lo pensó con calma. Esbozó una amarga mueca antes de admitir:

—Probablemente no.

Ella desvió la mirada hacia la desierta pista.

—¿Lo probaste?

—Sí, lo que me sorprende es que estuvieras enterada de que me habían confiado otro coche.

—Leí los periódicos. Pensé que si el coche estaba a punto no podrías resistir la tentación.

—Acertaste.

Hubo un embarazoso silencio hasta que él murmuró:

—¿Sigues teniendo las mismas ideas respecto a mí?

—No lo sé muy bien. El tiempo es una gran panacea y hace que las perspectivas se diluyan.

—Bien, entonces dime por qué has venido.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Sentí la tentación de comprobar si era cierto que volvías a correr. Me hubiera gustado verte…

—¿Para qué? Todo esto es absurdo si continúas pensando que yo maté a tu marido.

—Bueno, yo…

—¿O viniste con la esperanza de verme fracasar? O quizá pensaste que iba a hacerme pedazos en esta primera prueba. ¿Fue eso lo que esperabas, Norma?

—No, ciertamente no. Sé que eres un magnífico piloto. El siempre decía que habías nacido para pilotar en la Fórmula 1. El…

Calló y desvió la mirada. Gill dijo:

—Esta conversación es absurda, Norma. A menos que halas dejado de odiarme.

La mujer se encogió de hombros.

—No sé si te odio o no. Tampoco sé si te odié cuando Labuse murió… lo que sí sigo pensando es que sin tu loca ambición por ganar aquella maldita carrera él estaría vivo. En eso no he cambiado.

Abrió la portezuela de su coche y entró en él. A través de a ventanilla aún dijo:

—Es cierto que todo esto es absurdo, Rob… No debí venir aquí esta mañana…

Lo puso en marcha y se alejó.

Gill maldijo entre dientes. Luego, él también emprendió el camino de la ciudad.

CAPÍTULO III

Rob entró en la impresionante oficina de Joss Natham y dio un vistazo alrededor, apreciando los detalles de un lugar que parecía cualquier cosa menos un centro de trabajo.

Natham se levantó saliendo a su encuentro con una gran sonrisa en la cara.

—Siéntese, Gill. He seguido todos sus entrenamientos con mucho interés... ¿Qué tal el coche?

Rob soltó la mano fofa del hombre y se encogió de hombros.

—El coche está a punto —dijo—. Y yo creo que también.

—¿Lo cree, no está seguro aún?

—Natham, eso no lo sabré hasta después de la primera competición.

—Claro, debí suponer que diría eso, he sido un estúpido al preguntarlo. Bien, el señor Mendelberg llegará aquí dentro de unos días, para conocerle personalmente y exponerle sus planes para la próxima temporada. Entretanto, creo que sería interesante que tomara usted parte en la prueba de Indianápolis.

—Esa carrera no es puntuable para ningún campeonato...

—¿Y qué? No esperamos que gane, ni siquiera que arriesgue nada. Será solo otro más de sus entrenamientos, pero esta vez con otros coches en la pista. De este modo, usted comprobará sus propias posibilidades y las del bólido.

—Entiendo. Le diré a Falk que prepare el equipo de mecánicos. Creo que algunos de los viejos volverán con nosotros.

Natham sacudió la cabeza.

—Espere un momento, Gill. El equipo ha sido seleccionado ya por el propio señor Mendelberg en Europa. Llegarán a tiempo de prepararlo todo para la prueba de «Indy».

Rob se le quedó mirando asombrado.

—¿Pretende que confíe en hombres a los que ni siquiera conozco?

—Los conoce el señor Mendelberg, y cuando él los ha elegido puede tener la absoluta seguridad de que son los mejores.

—Olvídelo, Natham. Yo solo confío en Falk, y es mi pellejo el que está en juego.

—Hablaré con el señor Mendelberg, pero a él no le gustará nada todo esto. Estoy seguro que insistirá en traer los mecánicos que ha contratado en Europa. Son hombres experimentados, veteranos de Fórmula 1 desde hace muchos años. La mayoría han integrado los equipos de las primeras figuras. Sé que dos de ellos trabajaron hace algún tiempo para Ferrari, y uno procede del equipo Lotus.

Nadie tiene que enseñarles su oficio.

—Este trabajo no es solo oficio, Natham. Los hombres deben poner también el corazón o dedicarse a otra cosa.

—Se me ocurre una idea... usted confía ciegamente en ese mecánico suyo, Falk. Está bien, se quedará como jefe de equipo, y el resto estará formado por la gente que traiga el señor Mendelberg. ¿Qué le parece? De ese modo tanto él como usted tendrán a sus propios hombres.

Rob Gill pareció dispuesto a seguir protestando, pero al fin gruñó:

—Hablaré con el señor Mendelberg cuando llegue. De momento lo dejaremos así.

—¿Qué me dice del segundo coche que estaban montando?

—Se ha retrasado un poco, pero estará a punto cuando empiece realmente la temporada. No debe preocuparse por él, usted tendrá siempre un bólido a su disposición. Estamos muy interesados en su éxito, porque también será el nuestro. Los contratos de publicidad no se obtienen con fracasos, sino con éxitos en las pistas.

Rob mantuvo silencio unos instantes, pensativo. Por alguna extraña razón no le gustaba Natham, a pesar de que era un hombre correcto y amable, de apariencia impecable, Al cabo murmuró:

—Veremos cómo resulta todo esto. Esos hombres que vengan de Europa habrán de demostrar lo que valen o volverse por dónde vinieran.

—Lo demostrarán, Gill, puede estar seguro.

Rob se encogió de hombros, y tras una breve despedida abandonó la oficina.

Se detuvo en la acera, bajo un sol implacable. Estaba tenso y disgustado, y realmente pensó que no tenía razón para ello. Tanto Mendelberg como Natham eran los primeros interesados en que los

mecánicos del equipo fueran los mejore de que se pudiera disponer. El coche valía una fortuna, y tal como Natham admitiera, los fabulosos contratos de publicidad no se conseguían con fracasos, sino con éxitos.

Se dirigió adonde esperaba su convertible para encaminarse, una vez más, al circuito de Long Beach.

* * *

Falk gruñó:

—No te preocupes, Rob. Les vigilaré y al que no sirva le daremos el pasaporte sin contemplaciones.

—Quiero que hagas algo más que vigilarles, Falk. De tus manos dependerá mi cabeza, así que no te andes con rodeos con esa gente.

—Ya me conoces. Pero opino que no debemos preocuparnos por anticipado. Esa gente de Europa son muy buenos tienen una larga experiencia. ¿Cuándo llegarán?

—No lo sé exactamente, pero Natham me ha asegurado que estarán aquí a tiempo de intervenir en Indianápolis.

—Esa es una buena idea. Es un circuito difícil, pero tú lo conoces muy bien. Empezaste allí con un cacharro que apenas se sostenía sobre las ruedas.

—Los tiempos eran distintos, yo era mucho más joven y los bólidos no rodaban a las velocidades de ahora. De cualquier modo será una buena experiencia.

Tras un silencio, Falk señaló el portón cerrado.

—¿Piensas correr esta mañana?

—Hoy no. Déjale que descanse. Además, tengo una cita en la ciudad.

Falk esbozó una sonrisa.

—Eso es bueno. Diviértete un poco y relaja los nervios. Todo saldrá bien, no me cabe ninguna duda.

Rob Gill asintió. Dio unas amistosas palmadas en la ancha espalda de su mecánico y regresó hacia el coche con el que se perdió de vista en pocos segundos.

Falk estuvo parado en la explanada un buen rato, la mirada perdida en la carretera por dónde desapareciera su amigo.

El mecánico estaba preocupado en extremo, y ahora que no

había nadie cerca que pudiera advertirlo dejaba que esa preocupación se reflejara en su rostro curtido y tiznado de grasa.

Poco a poco, se dirigió al cobertizo-taller donde estaba el bólido rojo. Lo contempló con una mueca. Pensaba que de aquella máquina dependía mucho más que la vida de un hombre. Dependía el que ese hombre fuera un héroe o un cobarde.

CAPÍTULO IV

Lessy corrió las cortinas dejando la habitación iluminada tenuemente. Más que nunca deseaba crear una sensación de intimidad.

—Has cambiado —susurró, aún de espaldas a Rob Gill, que apuraba un largo vaso de *whisky* sentado en el diván—. Desde que has vuelto a correr no eres el mismo.

—Ahí te equivocas.

—Estoy segura de lo que digo. Tú...

—Es justamente al revés —la interrumpió él—. Ahora soy el que siempre fui, antes del accidente.

Lessy fue a sentarse a su lado, inquieta y tensa.

—Si eso es cierto no es como para estar orgulloso de ese cambio —refunfuñó—. No piensas más que en el maldito bólido rojo.

—Pienso en muchas otras cosas, nena.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y acercó los labios a su boca.

—Quiero que lo olvides todo, Rob. Estás conmigo, y te quiero. Eso debería ser suficiente para ti como lo es para mí. Si estás a mí lado ya no existen otros pensamientos en mi cabeza... Solo tú.

Sin dejarle tiempo a replicar, la mujer hundió los labios en aquella boca tensa y dura. El vivo estilete de su lengua la acarició hasta que ya no fue dura ni tensa, sino que se abrió y respondió al endiablado beso de Lessy con el mismo fuego que ella recordaba de otras veces y que tanto había ansiado.

Poco a poco, ella fue adaptando las sinuosas curvas de su cuerpo al de él. Sabía cómo encender a un hombre hasta el delirio y la locura. Materialmente incrustada en su carne, notaba el salvaje palpitar de la sangre en su propia piel.

Gill la rodeó con sus brazos estrechándola casi con desesperación. Sin embargo, de un modo confuso, hubiera deseado desprenderse de aquel cepo de fuego, pero su voluntad ya no existía. Se había esfumado como el humo. La sintió gemir dentro de su boca y todo lo demás se borró.

Al fin, ella separó la cara lo justo para mirarle al fondo de los ojos. Ya no parecían azules sino rojos, como si reflejaran las llamas del infierno.

Levantándose, tiró de él hasta que logró que abandonara el diván.

—Ven —dijo en un susurro.

Sin soltarle, le llevó hacia el dormitorio. Allí, y como si oficiara un rito pagano, fue quitándose las ropas con movimientos lentos, calculados, y de pronto su cuerpo resplandeció en la tenue luz como si tuviera brillo propio, con los senos duros y de cumbres rosadas desafiantes como la tentación.

Se lanzó materialmente en sus brazos, y de nuevo se besaron y ella notó, una vez más, aquella llama impaciente que abrasaba sus entrañas, quemándola hasta diluir todos sus sentidos en el delirio de ese goce infinito, como solo sentía con él.

Cuando se desplomaron sobre el lecho ya no existía nada a su alrededor, excepto la pasión de una entrega sin límites, algo que no tenía principio ni fin, que solo se extinguiría con el éxtasis definitivo.

Para la mujer, era como morir lenta y dulcemente.

* * *

Había oscurecido cuando Lessy abrió los ojos y ladeando la cabeza miró al hombre que permanecía inmóvil a su lado.

—Creí que dormías.

El gruñó:

—¿A estas horas, y después de pasarnos el día en la cama?

—Estabas tan quieto...

—Pensaba, eso es todo.

—Entiendo.

Se incorporó y fue hacia la ventana. Descorrió las cortinas y las estrellas brillaron en el oscuro rectángulo como si fueran a penetrar en la habitación. Semejaban una catarata de chispas de luz.

Sin dejar de mirarlas, Lessy le preguntó de sopetón:

—¿Quién era la mujer que fue a verte la otra mañana?

El dio un respingo.

—¿Qué?

—Llegó en un coche azul cuando yo me iba, después de tu primera prueba del bólido.

—Hace un siglo de eso.

—No tanto.

—Eres desconcertante… si te intrigaba hasta ese extremo, ¿por qué no lo preguntaste antes?

—Esperaba que me hablases de ella por tu propia voluntad.

—Ya veo…

—¿Y bien, quién era?

—La viuda de Labuse.

Lessy se volvió en redondo.

—¡Dios! —exclamó—. ¿Por qué fue a verte? Debe odiarte como al demonio.

—Ni ella misma lo sabía. Yo también se lo pregunté y no pudo explicarse el impulso que la llevó a Long Beach. Tal vez esperaba verme fracasar.

—O ver cómo te matabas…

—Quizá.

—La odio.

El rio entre dientes, una risa seca y chirriante.

—No seas tonta. Norma está en su derecho al odiarme, si es que realmente me odia. Amaba a Labuse.

Calló. Ninguno de los dos supo qué decir en un buen rato.

Lessy comenzó a vestirse con gestos nerviosos.

—No deseo salir a cenar fuera, Rob. Prepararé algo y nos quedaremos aquí esta noche.

—De acuerdo.

—Levántate y prepara unos martinis entretanto, ¿quieres, cariño?

Gill obedeció, y después de mezclar las bebidas encendió la televisión, en la que estaban dando noticias a las que no prestó atención.

Minutos más tarde, la muchacha se le unió para saborear los martinis sentados en el diván. Las noticias que aparecían en la pantalla de colorines se referían a unas escaramuzas en Oriente Medio.

Lessy iba a comentar algo, cuando el locutor mencionó el nombre de Rob Gill, y ambos dieron un respingo.

—¡Hablan de ti, Rob! —exclamó la muchacha.

Estaban dando cuenta de la inscripción de Rob Gill en la competición de Fórmula 1 de Indianápolis. Hubo una relación de los premios que estarían en disputa, y después volvió a surgir el tema de la vuelta del piloto a los grandes circuitos:

»—Como Niki Lauda, Gill vuelve a pilotar un Fórmula 1 después de un gravísimo accidente en el que estuvo al borde de la muerte. La colisión del Brabham de Rob Gill con el de su compañero de equipo Labuse tuvo como consecuencia la muerte de este y heridas que llevaron a Gill al hospital. Ahora vuelve, y todos los aficionados a las carreras de Fórmula 1 se preguntan si el extraordinario piloto será aún el mismo de antes. El accidente en que ambos pilotos, Gill y Labuse, se vieron implicados sucedió así…»

La voz calló y la imagen del locutor fue sustituida por una larga panorámica del circuito de Monza.

Rob Gill sintió que se le secaba la garganta. Todo su cuerpo se envaró, tenso como Un cable. A su lado, la muchacha le observó de reojo, dándose cuenta de la rigidez que se había apoderado de él en un segundo.

Tres bólidos aparecieron surgiendo de una curva. Él sabía muy bien cuáles eran porque el Brabham amarillo que corría en tercera posición fue el que pilotara él mismo en aquella competición.

El primero, amarillo y rojo, iba pilotado por Labuse. El segundo era el Renault Turbo de Prost, que pugnaba por adelantar a Labuse a la salida de la curva, pero este realizó una arriesgada maniobra y ganó distancia a una velocidad escalofriante. Labuse era el primer piloto de la escudería y tenía bien ganada su fama.

Solo se escuchaba el rugido de los motores procedente del televisor. Gill contenía la respiración, fascinado por el espectáculo que había contemplado el mundo entero menos él.

Lessy susurró:

—Voy a apagarlo.

La mano de Gill cayó sobre su brazo como una garra.

—Déjalo. Quiero verlo.

—Pero nunca hasta ahora quisiste ver la película del accidente. ¡Por favor, Rob, termina con eso, deja que lo cierre!

—No.

De nuevo, y después del paso de otros coches, aparecieron los

tres bólidos casi pegados uno al otro. El Brabham de Rob Gill se ladeó al salir de la curva y pasó al Renault semejante a una chispa amarilla, casi rozándolo.

Ya iban en cabeza los dos pilotos compañeros de equipo. Labuse mantenía la distancia, y Gill le seguía como arropándole en la victoria que todo el mundo daba por segura. El Renault de Proust le pisaba los talones, pero ya apenas si tenía opción.

Lessy tragó saliva con dificultad. Había visto aquellas escenas antes, casi tantas veces como fueron difundidas por la televisión. Contenía el aliento cuando él susurró:

—La última vuelta...

Ahora, los dos compañeros de equipo habían ganado terreno a Proust. Rodaban como rayos y Labuse tenía que ganar. Habían recibido instrucciones en ese sentido y solo en caso de avería de su coche Gill debería ocupar su posición.

Sin embargo, algo le sucedió. Por unos instantes, Labuse pareció perder velocidad al salir de una curva muy cerrada.

Gill hubo de reducir y frenar precipitadamente y Proust ganó terreno.

El diablo se metió en el cuerpo de Gill, y ahora lo recordaba con toda claridad. Por el retrovisor veía a Prost casi lamiéndole su estabilizador. Y Labuse luchaba por ganar otra vez velocidad.

Entraron en la curva casi pegados los tres, con el morro del Renault a la altura de sus neumáticos traseros.

Y aquello lo decidió.

—Tenía que hacerlo —murmuró con los dientes apretados.

Lessy deslizó los dedos en su mano y apretó. Sintió los dedos de él tan fríos como el hielo, inertes y carentes de fuerza. Devolvió la atención a la pantalla y se mordió los labios para no gritar.

El Brabham amarillo se lanzaba igual que una centella hacia adelante, rebasando a Labuse de un modo impecable. Pero Labuse tenía instrucciones, y orgullo, y no cedió. Durante toda la larga recta de Monza los dos bólidos rodaron emparejados, casi a doscientas millas por hora. El Renault trataba de mantener la distancia tan solo, porque Prost era un viejo zorro de los grandes circuitos y lo que estaba sucediendo debía ponerle los pelos de punta.

Y entonces surgió la curva a la izquierda y Labuse, demasiado

tarde, redujo y frenó a la vez, y el bólido se le ladeó temerariamente, iniciando un «trompo». Pegó contra la trasera del coche de Gill y su estabilizador salió volando dando tumbos.

Ambos coches parecieron alzarse sobre la pista, como si quisieran seguir la carrera en vuelo planeado. Luego, el de Labuse dio una vuelta completa sobre sí mismo en el aire, golpeó la valla de protección y cuando saltó más allá ya no era un coche, sino una lluvia de fragmentos envueltos en llamas.

El de Rob Gill cayó sobre la pista golpeando el firme con los neumáticos. Volvió a saltar y dio otra vuelta y acabó estrellándose de costado contra el carril protector, lo arrancó de cuajo y se fue dando tumbos al otro lado hasta que se detuvo con las ruedas al aire, girando y girando, mientras aparecían en la escena los primeros auxilios.

Rob Gill se pasó meses en el hospital, y después en los centros de recuperación, para devolver la elasticidad a sus múltiples fracturas.

Labuse no tuvo tanta suerte. Quedó hecho pedazos lo mismo que su coche.

La escena se borró de la pantalla y en su lugar reapareció el rostro del locutor. Lessy se levantó de un brinco y desconectó el aparato con rabia, casi rechinando los dientes.

—¿Estás contento, has gozado con la película? —dijo salvaje expresión—. ¿Necesitabas eso para sentirte hombre de nuevo?

El agachó la cabeza cubriéndose la cara con las manos. Durante unos largos instantes no habló. Parecía haber perdido hasta la facultad de moverse.

Luego, apenas oyéndose su voz, susurró:

—Yo le maté…

—Eso lo has repetido hasta el fastidio desde que sucedió.

—Porque es cierto. Él tenía que ganar, estaba dispuesto de ese modo.

—Lo sé de memoria. Era el primer piloto de la escudería o algo así.

Gill levantó la cabeza poco a poco y se quedó mirando a la mujer como si no la viera. Tampoco pareció dirigirse a ella cuando añadió:

—Aún ahora no sé qué me pasó… no sé por qué de pronto quise

adelantarle y llegar el primero a la meta…

—Labuse tenía dificultades con el coche.

—Las habría superado. Era muy bueno. Era mejor que yo…

Lessy se levantó de un brinco, gritándole:

—¡Eso, compadécete ahora! Derrama unas cuantas lágrimas y tal vez te sientas mejor, lo que me gustará saber es por quién las derramas, si por Labuse o por ti mismo.

—¡Cállate!

—Si callándome has de olvidarlo todo de una maldita vez, de acuerdo, cerraré la boca. Pero tú sabes que seguirás recordándolo una y otra vez, tanto si yo te lo repito como si no. ¡Y tú quieres volver a los circuitos…! Debes estar loco, Rob. Loco de remate.

Rob Gill saltó fuera del diván y por un instante pareció que iba a abofetear a la muchacha. Ella se mantuvo erguida, desafiándole con su mirada llena de amor, de pena y de miedo.

Al fin, él bajó la mano y sus hombros se hundieron. Giró sobre los talones y casi corrió hacia la puerta, por la que desapareció igual que empujado por el viento del infierno.

CAPÍTULO V

Norma abrió la puerta y se quedó mirando a Rob Gill con ojos agrandados por el asombro.

—¿Qué haces aquí, Rob?

—¿Viste las noticias de televisión?

—Comprendo... Entra.

Él se deslizó dentro de la hermosa residencia mirando en torno azorado. Nada había cambiado. Todo estaba igual que lo recordaba de otras visitas anteriores, cuando se reunía allí con su compañero de equipo para comentar o discutir detalles y pormenores de las próximas competiciones en que iban a intervenir.

Norma le precedió hasta la misma salita donde pasara tantas veladas. Tampoco allí había cambiado nada.

—Todo sigue como entonces —comentó, asombrado.

—Excepto que entonces él estaba aquí.

La miró un instante fugazmente, y luego abatió la cabeza.

—Sí —rechinó entre dientes—. Él estaba aquí, vivo.

—Siéntate. Aún no me has dicho por qué has venido.

Él se hundió en una butaca. Con la mirada perdida en un punto de la pared dijo:

—Vi el reportaje. Nunca antes había querido ver esas imágenes, pero esta noche era diferente. Bueno, las vi y pensé que si tú también las estaba viendo necesitarías alguien en quien descargar el odio y la ira.

—Eres desconcertante, Rob. Así que has venido aquí ofreciéndote como víctima.

—No es eso exactamente. Hasta ahora me aferraba a la idea de que todo aquello sucedió por puro accidente. Labuse redujo mal al entrar en la curva y todo eso. Era una justificación tan buena como cualquier otra. Ahora he visto la escena con todo detalle.

—¿Y qué?

Gill suspiró profundamente.

—Yo fui el culpable, Norma. Yo le maté.

—Eso es todo un descubrimiento.

—Quería decírtelo personalmente, eso es todo.

—Ojalá te sientas mejor ahora.

Gill trató de sostener la brillante mirada de aquellos ojos azules como el infinito. Hizo una mueca y gruñó:

—Me gustaría beber un trago, Norma. Después de eso me iré y te dejaré en paz.

—Disculpa que no te haya invitado antes. Me sorprendió tu visita.

Fue a preparar unas bebidas y regresó junto a él, sentándose y sorbiendo la suya pensativa, mirándole beber sin ninguna expresión en su hermoso rostro.

Rob murmuró:

—Bueno, di algo.

—No hay mucho que decir después de tu espontánea auto-acusación. De cualquier modo, y a pesar de que no comprendo muy bien los motivos que te han impulsado a hacerla, me alegro de haberte oído hablar así.

—Gracias.

—A veces siento una profunda pena al recordar a Labuse. Una tristeza infinita, quizás en parte también por mí soledad después de haberle amado tanto. Y entonces creo que te odio. Pero en otras ocasiones no sé si te odio por lo del accidente, o por tu desmedido orgullo, por la altanería que te caracterizaba y que te empujaba a ser siempre el primero. Ahora creo que las cosas han cambiado, porque tú también has cambiado hasta el punto de que apenas te reconozco.

—Eso no me sorprende, porque no me reconozco ni yo mismo.

—No obstante, sigues siendo el mismo. Vas a correr otra vez en los Grandes Premios.

—De momento, en las 500 Millas. He decidido que esa carrera sea la prueba definitiva. Cuando termine sabré si puedo continuar o no.

—Es una determinación sensata. Lo que me sorprende es que alguien haya vuelto a poner un coche en tus manos después de aquello.

El cabeceó, refugiándose unos instantes en el vaso, que vació por completo antes de hablar.

—Yo fui el primer sorprendido cuando me llamaron.. —¿Quién

va a financiar los coches, y el equipo, los viajes, todo ese gran circo que es la Fórmula 1?

—Una empresa publicitaria inglesa.

—O están locos o no entienden nada de este negocio en que van a complicarse. Por muchos contratos publicitarios que obtengan, no pueden esperar ganancias, y de eso entiendo un poco.

—Ya lo sé, pero es tal como te lo digo. La empresa está dirigida por un tal Mendelberg. ¿Oíste hablar de él alguna vez?

Norma sacudió la cabeza.

—No, nunca. Ni siquiera cuando yo trabajaba en la National Publishing, que controlaba la publicidad de vuestra escudería, oí ese nombre. Debe ser nuevo en ese mundo y va a dejarse hasta las pestañas en las ruedas de tu bólido rojo.

El levantó vivamente la cabeza.

—¿Viste el coche? —exclamó.

—Claro, aquella mañana, en Long Beach.

Rob frunció el ceño y acabó sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—No creo que pudieras verlo desde donde paraste tu coche. Estabas junto al mío, y desde allí no puede verse la explanada del cobertizo.

Por un instante ella desvió la mirada, pero logró recobrar el aplomo y sonrió.

—Te equivocas, lo vi perfectamente, aunque de lejos. Es un bonito coche.

—Estás mintiendo, Norma.

—¡Rob!

—Tú has ido otras veces a Long Beach para verme correr. Solo así puedes saber cómo es el coche. ¿No es cierto?

—Está bien, fui una o dos veces, aunque procurando que nadie me viera.

—No lo comprendo. ¿Por qué?

—¿Es que siempre ha de haber un por qué en todas las cosas que una hacer.

—En este caso, sí. Tú no sientes ninguna simpatía por mí, ni el menor interés por verme triunfar de nuevo en los grandes circuitos, de modo que contemplar mis entrenamientos debe obedecer a alguna motivación muy concreta. ¿Tal vez a lo que te dije aquella

mañana?

—No recuerdo lo que dijiste…

—Que deseabas verme fracasar, o tal vez tenías la esperanza de verme saltar por los aires y hacerme pedazos, como Labuse.

—Pensar eso de mi es monstruoso, Rob.

—Entonces, ¿qué he de pensar?

—Simple y llanamente, que sentía curiosidad por verte correr otra vez, nada más.

—Si eso es cierto, no necesitas esconderte para verlo. Aunque ya te quedan ocasiones porque saldremos hacia «Indy» tan pronto estén aquí los mecánicos contratados por Mendelberg.

Ella dio un respingo.

—¿No irá Falk contigo?

—El será el único del viejo equipo que esté a mí lado.

—¿No crees que eso es un error?

—Más que un error, es una impresión de Mendelberg, pero tengo entendido que la gente que trae son muy buenos.

—También aquí los hay muy buenos, y a esos les conoces…

Él se encogió de hombros.

—Es algo que no depende de mí, a menos que demuestren incompetencia.

—Labuse decía siempre que… —se interrumpió, desviando la mirada. Luego dijo casi sin voz—. No importa, tú sabes tan bien como lo sabía él lo que conviene en cada equipo.

Gill se levantó.

—Saldremos adelante.

Norma quedó de pie frente a él, indecisa. Luego, de un modo natural y espontáneo, le tendió la mano y susurró:

—Gracias por haber venido, Rob.

El piloto se la estrechó entre las suyas.

—Gracias a ti por recibirme, por tu comprensión… por todo. Lo creas o no, ahora me siento mucho mejor.

La muchacha le escoltó hacia la salida y una vez allí él aún repitió:

—Gracias, Norma. Espero verte alguna vez, antes de partir para Europa.

Se alejó a través del jardín. Aún se volvió antes de pasar la cerca de madera, y después desapareció en la noche. Norma cerró

despacio la puerta y también pensó que se sentía mucho mejor.

CAPÍTULO VI

Al ofrecerle el casco, Falk gruñó:

—Recuerda que se trata solo de clasificarse para un puesto en la parrilla, Rob. No trates de ganar las 500 millas en los entrenamientos.

El piloto esbozó una mueca de disgusto.

—¿Vas a decirme cómo he de conducir el coche?

No hubo respuesta. El equipo de mecánicos estaban efectuando la última revisión del bólido rojo, comprobando los neumáticos y ajustando el carenado que cubría el motor.

Los boxes de Indianápolis eran un hervidero, con gente moviéndose en una actividad frenética en los últimos minutos que precedían al inicio de los entrenamientos para la clasificación.

Allí estaban Kevin Cogan con su Penske, y Al Unser, Prost, Rick Mears, Mario Andretti y Niki Lauda, y tantos otros cuyos nombres eran habituales en los grandes circuitos.

Rob Gill volvió la cabeza hacia donde Prost se aprestaba a entrar en su Renault Turbo. El piloto francés le saludó con un breve gesto y luego se encasquetó su llamativo casco repleto de anuncios.

Tras él, Rob oyó la voz de Natham:

—Buena suerte Gill.

El pilotó se volvió.

—Hola. ¿Dónde está el señor Mendelberg?

—Llegará a tiempo de ver el entrenamiento. ¿Qué le parece la gente que trajo de Europa?

—Falk dice que son buenos. Veremos en caso de emergencia.

—Responderán en cualquier circunstancia. El señor Mendelberg sabe hacer las cosas, ya lo irá usted comprobando con el tiempo.

Rob se encogió de hombros. Él no estaba tan seguro.

Falk le hizo una seña y anunció:

—Todo listo, Rob.

Gill se deslizó en el puesto de conducción. El mecánico le ayudó a ajustarse el casco y durante unos segundos quedaron mirándose. Falk sonrió.

—Trata de clasificarte en un puesto decente. Es todo lo que se espera de ti esta vez, Rob.

—De acuerdo.

—Y por lo que más quieras, no me arrugues esta joya.

Gill sonrió sin humor.

—Creí que no te gustaba.

—Detesto el color, no el coche.

Los mecánicos lo empujaron hacia la pista. El motor zumbó de pronto y Rob Gill supo que estaba solo dentro del compacto bólido rojo y que ahora todo dependía de él.

Ya no se preocupó de los que quedaban atrás, ni de Natham que casi daba saltos de impaciencia.

Ni de Norma, a la que no vio porque ya estaba rodando detrás del McLaren que le precedía.

Falk le vio partir pendiente del mugido del motor. Otros coches estaban ganando velocidad lanzándose por la pista en la pugna que habría de clasificarles para formar parte de los treinta y tres que disputarían el Gran Premio de las 500 Millas.

Luego, el mecánico se volvió hacia la muchacha y dijo con voz bronca:

—No debiste venir. Te lo advertí cuando me llamaste al hotel. A el no le gustará saber que estás aquí.

—Falk, sabes que mi vida está ligada a los Grandes Premios... a pesar de lo que tienen de amargo recuerdo.

—Me parece una estupidez. ¿Qué te importa a ti lo que le pase a Rob? Gane o pierda, nada cambiará.

—¿Crees que tiene alguna oportunidad de ganar?

—No. Por lo menos, esta vez. Pero nadie espera que gaje. Solo con que se clasifique será suficiente.

—¿Y luego?

—No te comprendo.

—¿Qué pasará cuando se vaya a Europa? Rob no es un hombre que se conforme con quedarse atrás. Y lleva un coche muy bueno.

Falk enarcó las cejas.

—¿Cómo demonios puedes saberlo?

—Le vi correr en Long Beach, Falk. Varias veces.

El mecánico se quedó con la boca abierta.

—¿Tú?

—Varias veces —repitió la muchacha.

—¿Por qué no viniste a verme? Tengo la impresión de que estuviste espiándole.

—Puedes llamarlo así si quieres... ¡Ahí viene!

Falk giró en redondo hacia la pista.

La mancha roja del bólido apareció y pasó como un relámpago delante de los boxes, perdiéndose en la curva seguido a escasas yardas por el Penske de Rick Mears.

—Bien —rechinó Falk—. Magnífico... si no pierde la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora está corriendo entre una nube de otros coches, no en solitario, como le viste en Long Beach.

El Lotus pilotado por Mansell pasó rugiendo y adelantó de modo impecable al Williams de Daly. Falk casi había olvidado la presencia de la muchacha cuando ella susurró:

—¿No vino la mujer que vive con él?

—¿Lessy?

—Creo que se llama así.

—Se quedó en el hotel. Rob le prohibió que viniera. Pero déjame decirte que estás muy enterada de la vida de Rob. ¿Qué es lo que te propones, Norma?

—Todo el mundo conoce la vida de Rob Gill. No es ningún secreto para nadie! ¡Mira, Falk!

Este dio un respingo.

Por la curva acababa de aparecer el Brabham de Patrese, y pegado a su cola rugía el bólido rojo. Los dos rodaban a más de ciento cincuenta millas y pasaron delante de los boxes peligrosamente cercanos uno al otro. Falk maldijo a gritos, como si Gill pudiera oírle desde la pista.

Pero Gill ya había desaparecido más allá de la curva a la izquierda. Cambió por segunda vez después del viraje y aceleró. Patrese se había despegado y rodaba ahora con autoridad en una acelerada perfecta y oportuna.

Gill sentía la excitación en todas las fibras de su cuerpo, casi sexualmente, algo que le enervaba, pero que al mismo tiempo parecía serenar su espíritu dotándole de una extraordinaria claridad de juicio.

Vio a Patrese ganar terreno y adelantar un McLaren azul celeste

acribillado de publicidad. Inconscientemente admiró la serena maestría de Patrese y él hundió el acelerador a fondo. El McLaren pareció crecer en su perspectiva. Los dos tomaron la curva *chicane* casi emparejados después de una veloz reducción. Gill cambió y en cuarta volvió a hundir el acelerador.

Cuando introdujo la quinta el McLaren se distanciaba allá atrás y ya no se preocupó más por él.

Volvió a ver a Patrese cuando ambos avistaban el arco. Ahora estaba atento tanto al coche que le predecía, como a la proximidad de los boxes, porque deberían mostrarle la pizarra con el promedio de su marcha. Necesitaba esa orientación.

La vio fugazmente. El cronometrador de su escudería la agitó para llamarle la atención y luego la mantuvo inmóvil. Leyó:

«131,08 m».

Soltó una maldición. Necesitaba más. Mucho más o no se clasificaría.

Aceleró bruscamente al salir de la siguiente curva y el coche derrapó a un lado, con los neumáticos chillando. Maldijo en voz alta y lo dominó con nerviosismo. Un fugaz vistazo al cuenta-millas. Ciento ochenta…

Hubo de reducir y de nuevo cazó a Patrese en la recta. El cambio obedecía con suavidad. Hundió el acelerador y el Brabham amarillo pareció aumentar de tamaño.

El Brabham amarillo…

Exactamente igual que otro… el que pilotara en Monza.

El que le mandó al hospital.

El que mató a Labuse.

Soltó un quejido y sus ojos se enturbiaron. Allí estaba el maldito coche amarillo. De modo instintivo hundió el acelerador hasta abajo y el March pareció encabritarse lanzándose hacia adelante como un potro desbocado.

La curva surgió a la derecha. Patrese la tomó ceñido, perfecto, con Gill detrás un poco más abierto. Por un instante pareció como si el bólido rojo no pudiera ceñirse a la línea blanca, pero justo el salir del viraje pasó al lado del de Patrese como una flecha, separado de él lo suficiente para que no quedaran dudas de su seguridad en el adelantamiento.

Falk vio la maniobra desde lejos, pero contuvo el aliento y

mentalmente hubiera querido rezar, solo que ya no recordaba ninguna oración.

Sus ojos siguieron fascinados el relámpago rojo cuando pasó ante los boxes. Giró la cabeza interrogando con la mirada al cronometrador.

Este gritó:

—¡Ciento ochenta, Falk!

—¡La pizarra, díselo a él antes que pierda la chaveta!

Norma exclamó:

—No ha cambiado, ¿verdad, Falk?

—¡Cristo, ya lo creo que cambió! Por eso me preocupa que corra de ese modo… Ya está clasificado a estas horas, así que no necesita arriesgar nada, solo mantenerse.

En la siguiente pasada, Patrese volvía a correr delante del March I con su espléndida seguridad. Falk deseó que Gill aceptara esta posición sin intentar ninguna otra aventura. No lo necesitaba. El mecánico interrogaba de vez en cuando al cronometrador, solo para asegurarse de que todo seguía bajo control. Norma fumaba, sentada a cierta distancia, como si de repente hubiera perdido todo interés por la carrera.

Falk fue a reunirse con ella después de las dos siguientes pasadas de Rob Gill por los boxes.

—Está a punto de terminar —gruñó—. ¿Vas a esperarle?

—No. ¿Para qué?

—Ciertamente, ¿para qué?

Ella le miró de soslayo.

—¿Tú también piensas que solo quiero verle fracasar?

—O estrellarse, cualquiera sabe.

—No le odio hasta ese extremo, Falk.

—De eso quisiera estar seguro. De cualquier modo, si no quieres tener que felicitarle, será mejor que te vayas ahora. Le faltan dos vueltas para quedar clasificado definitivamente, y luego entrará en boxes.

Norma clavó sus profundos ojos azules en el intrigado mecánico. Esbozó una sonrisa y, levantándose, dijo:

—No le digas que estuve aquí, Falk.

—Bien, cerraré la boca. Pero me gustaría saber por qué viniste. Es un paseo muy largo desde Los Ángeles me parece a mí.

Tras una breve vacilación, la muchacha murmuró:

—Las carreras siempre han formado parte de mi vida, Falk. No sé si algún día podré librarme de su fascinación.

Estrechó su mano y se fue.

Falk se quedó mirándola mientras se alejaba. Estaba endiabladamente intrigado.

Luego, le llamaron a gritos y lo olvidó para concentrarse en su trabajo.

Unos minutos después, el bólido rojo se detenía en los boxes y Rob Gill descendía de él, cubierto de sudor y de polvo, los ojos brillándole como si tuviera fiebre.

Únicamente murmuró:

—Lo conseguimos, Falk.

Este asintió.

Lo habían conseguido. Otra vez estaban inmersos en el mundo desquiciado de la Fórmula 1, y el fiel mecánico hubiera querido estar seguro de que era realmente para bien.

Solo que no lo estaba ni mucho menos.

CAPÍTULO VII

Mendelberg era un inglés de aspecto aristocrático, sienes grises y ojos penetrantes como dardos.

Tenía una distinción innata en sus gestos, incluso en los instantes en que le dominaba el entusiasmo por el excelente resultado de la clasificación.

—Por supuesto —dijo—. Yo nunca dudé de que estaría usted en la parrilla de salida, Gill.

Este se limitó a seguir callado, intrigado por las contradictorias impresiones que ese hombre impecable le producía.

Natham asistía a la entrevista como un espectador interesado, pero sin intervenir.

Luego, Mendelberg dijo:

—Tengo entendido que no estaba usted conforme con los mecánicos que contraté...

—Ciertamente, hubiera preferido a los que ya conocía de mi anterior equipo, he de reconocer que los que usted trajo son muy eficientes. Cada uno conoce perfectamente su trabajo.

—Así que su mecánico les dio el vistobueno...

Falk los aceptó. Y conociéndole no cabe duda que todos ellos habrán pasado un rígido examen.

—Me alegro mucho, porque después de las 500 millas saldremos para Europa inmediatamente. Nuestra siguiente cita será en el circuito de Montlhery, para el Gran Premio de Francia.

Natham intervino por primera vez.

—En cuanto a su segundo coche —dijo—, estará a punto para esa carrera, Gill. Ya le advertí que estaban terminando su montaje, pero que este se había retrasado un poco.

Pareció que ya ninguno de ellos tenía nada más que decir. Rob continuaba intrigado por la extraña sensación que le produjera Natham desde que le conoció, agudizada ahora por la presencia del aristócrata inglés.

Cuando pudo abandonar la *suite* del hotel donde se alojaba Mendelberg, llegó a la descorazonadora conclusión de que ninguno

de los dos le gustaba en absoluto. Quizá porque ambos estaban muy lejos de su propio mundo, del ambiente en que siempre había vivido.

En el bar del hotel, Lessy le llamó con un gesto desde un extremo de la barra.

Rob gruñó:

—Vámonos de aquí.

—¿No vas a beber nada?

—Más tarde.

Caminaron por la acera, casi desierta a esas horas de la noche. Unos minutos después, la muchacha preguntó:

—¿Y bien, qué tal es el gran hombre?

—No me entusiasma.

—¿Por qué?

—Maldito si lo sé, es solo una impresión. De cualquier modo, me ha proporcionado la oportunidad de volver a los grandes circuitos y eso es suficiente. No he de acostarme con él.

Lessy se echó a reír.

—Conque eso lo hagas conmigo es suficiente.

—No sé... no comprendo qué persiguen esos tipos. La publicidad les cubrirá la mayoría de sus inversiones. Quizá el total, si obtengo buenas clasificaciones, pero no pueden ser tan ilusos para esperar beneficios...

—Deja de preocuparte. Te financian y eso debería bastarte.

El asintió.

—Eso es cierto.

—Supongo que esta noche querrás descansar.

—Es obligatorio si mañana he de estar en plena forma. Una cena ligera y a dormir.

Después de otro silencio, Lessy murmuró:

—Espero que mañana no me prohibirás asistir a la competición, Rob...

Él se encogió de hombros.

—No creo que me hicieras mucho caso, de todos modos.

—Iré a verte, te guste o no.

—No me gusta. Pero no voy a impedírtelo como hice hoy.

—¿Es que las mujeres, o las novias y amantes de los otros corredores no asisten a las carreras?

—Supongo que sí.

—Se me ocurre... ¿Qué hacía la mujer de Labuse en vísperas de una competición?

Él la miró con gesto torvo.

—Tienes el don de la inoportunidad. Deja en paz a Labuse y su mujer.

—Pero no creo que ella se quedara en casa...

—Estaba en los boxes, si es que quieres saberlo.

—Ahí tienes.

—No es lo mismo. Ella... ella formaba parte del mundo de Labuse, era un miembro más de la escudería. Y dejemos eso, nena. No es un tema como para recrearse en él.

Lessy comprendió la tensión que le embargaba en esa víspera de su regreso a los circuitos, de modo que calló y durante el resto del paseo apenas si cambiaron más palabras.

Para Rob Gill, el tiempo de las palabras y las incertidumbres había terminado.

Ahora, al fin, llegaba el tiempo de la acción.

* * *

El rumor de la ingente multitud era algo semejante a una marea que flotara sobre el circuito, como flotaban los inmensos globos publicitarios. El espectáculo multicolor, llameante, del gentío, sus atuendos veraniegos de vivo colorido, los gorros chillones, los parasoles...

Falk veía todo esto sin advertirlo. Para él era algo que estaba allí, como estaba el aire y el sol, pero nada más. El mecánico vivía única y exclusivamente para el bólido rojo y el piloto, en esos minutos que precedían a la gran prueba.

Sin hablar, Rob Gill le interrogó con la mirada. Falk esbozó un gesto de asentimiento.

—Perfecto —dijo después—. Ni un fallo, pero no abuses de las velocidades cortas con esta temperatura de infierno.

—Bien...

—¿Te pido un refresco?

—Ahora no... Tal vez en la primera parada para repostar.

Falk le dejó solo y fue a comprobar que la presión de los

enormes neumáticos fuera la adecuada a la temperatura. Antes ya había ordenado cambiarlos, cuando las ligeras nubes habían desaparecido dejando paso al sol.

Los mecánicos se movían con gestos precisos, como piezas de aquella máquina roja que dentro de poco habría de demostrar sus posibilidades.

Eran buenos, profesionales expertos, de eso no cabía duda. Falk era el primero en reconocerlo. No obstante, había algo en ellos que no le entusiasmaba en absoluto. Tal vez fuese que eran extranjeros para él. Había un francés, y otro italiano. El resto del equipo eran ingleses. No se entendían bien con ellos.

Por los altavoces empezaron a desgranar el rosario de nombres y marcas por el orden en que tomarían la salida. Rob Gill ocupaba el lugar decimoprimero.

Falk se acercó de nuevo al piloto.

—Bueno, Rob, adelante…

El piloto se deslizó en el asiento. En la pista, el coche del comisario de carrera esperaba para iniciar la vuelta de reconocimiento. Los motores comenzaron a rugir.

Los mecánicos empujaron el bólido rojo entre varios otros que se movían perezosamente buscando cada uno su posición.

El motor del March I zumbó de pronto y los mecánicos retrocedieron. Una sirena sonó, bronca, estridente. El coche del comisario, con su bandolera ondeando al viento, inició la marcha.

La rugiente serpiente multicolor de los bólidos empezó a moverse de un modo perezoso al principio. Luego fue tomando velocidad detrás del Sedán y el gran espectáculo comenzó entre el vocerío de la multitud.

Cuando desaparecieron más allá de la primera curva, Falk se restregó el cogote con un pañuelo manchado de grasa. Apartándose de los demás, caminó hacia el extremo de los boxes.

En la tribuna más próxima, erguida junto a la barandilla, Lessy le hizo un gesto con la mano. El mecánico cabeceó, pero se desentendió de ella. No era a Lessy a quién deseaba ver para estar seguro de que su presentimiento era acertado.

Al fin descubrió a Norma en la misma tribuna, aunque en la segunda fila de asientos y separada de Lessy por quince o veinte personas.

Suspiró. Todo aquello le desconcertaba. Y le llenaba de inquietud al mismo tiempo.

El bramido de los motores le devolvió a la realidad y retrocedió a saltos hacia su puesto.

El coche del comisario de carrera enfiló la salida de la pista. Los bólidos pasaron uno a uno despacio, buscando sus puestos en la parrilla. El rojo de Gill se detuvo al fin en su lugar y los otros fueron haciéndolo también, hasta que el rugir de los motores quedó reducido a un sordo zumbido expectante.

El semáforo rojo se encendió. Las voces de la gente fueron apagándose a su vez poco a poco, hasta dejar un extraño silencio en el que parecía flotar la sombra de la incertidumbre.

Instintivamente, Falk cruzó los dedos y murmuró para sus adentros:

—¡Suerte, muchacho!

Tenso en su extraña postura, Rob Gill veía la mancha roja del semáforo. Pensó fugazmente en lo que esta prueba significaba para él y su futuro. Llegó a la conclusión de que se lo jugaba todo a una carta. Un fracaso sería el fin definitivo, total, de su carrera de piloto de Fórmula.

Estaría acabado.

Y todos cuantos habían confiados en él saldrían defraudados empezando por Falk. El bueno de Falk...

Y Lessy. Aunque esta con toda seguridad se alegraría de que dejara las competiciones para siempre.

En cuanto a Norma... con ella era difícil adivinar lo que sentiría. Tal vez satisfacción por su fracaso.

Y Mendelberg, y Natham. Habían arriesgado una fortuna para que él volviera a correr.

El semáforo seguía rojo. Era como si el tiempo, en la pista, se hubiera detenido.

Roncaban los motores en una sinfonía dura y salvaje, impacientes por lanzarse a la lucha. Los nervios ya no existían, quizá porque estaban tan tensos que ni siquiera era posible sentirlos.

Rob maldijo al semáforo, mientras a su alrededor los coches semejaban tigres agazapados, prontos a lanzarse sobre una presa.

Y entonces el rojo desapareció y surgió el verde. Los coches de

cabeza se lanzaron hacia adelante brutalmente, como disparados por una catapulta. Rob saltó también y de repente se encontró con un Lotus saliendo por su izquierda y cruzándose para adelantar en esos primeros metros.

Rugió de ira al hacer una brutal maniobra para esquivarlo. El Lotus giró locamente y él le pasó a solo unas pulgadas del morro mientras chillaban los frenos allá atrás. Oyó un estruendo espantoso, el chirrido de los metales desgarrados y sintió el hielo de la muerte en todas las fibras de sus nervios.

Aceleró y cambió a tercera y luego a cuarta y el bólido rojo se zambulló en la primera curva, muy abierta, con el motor zumbando igual que una música enloquecida.

Con la quinta alcanzó doscientas millas y pasó como una exhalación a un Olsella azul, y luego a un Tyrrell que quedó atrás y del que ya no se preocupó.

Redujo en la curva a la izquierda, y luego volvió a hundir el pedal y se colocó a la cola de un hermoso Ferrari, delante del cual se perdía en la otra curva el bólido de Nelson Piquet, una maravilla mecánica equipada con un motor BMW turbo de nuevo diseño.

Rob Gill atisbó los retrovisores. Un McLaren pugnaba alcanzarle después de haber adelantado a los demás. Rechinó los dientes y aceleró un poco más.

La curva *chicane* le distanció un poco de su perseguidor, y de nuevo en la recta rebasó las doscientas millas. Fue solo un instante, porque inmediatamente hubo de reducir para tomar la curva y entrar en la recta de *boxes.*

Más allá de estos, a un lado de la pista, había un revoltijo de metales retorcidos que antes habían sido tres coches de carreras. Los bomberos estaban inundándolos de espuma y distinguió también una ambulancia parada fuera del rail protector.

Se negó a pensar en los pilotos de aquellos bólidos destrozados. Delante de él, como si volara, descubrió un Penske negro y otro cubierto de publicidad. Aceleró porque ya no veía al Ferrari. En la curva, el Penske derrapó peligrosamente y pasó rozando la valla. Rob encajó las mandíbulas y lo pasó limpiamente cambiando a cuarta y luego a quinta con movimientos precisos, justos.

Por los retrovisores vio cómo el McLaren tanteaba a ambos lados del Penske buscando el modo de adelantarle también, pero hubo de

desistir porque esta vez el Penske le cerró el paso con habilidad.

Se desentendió de ellos. Ya no existían en su horizonte. Buscaba el Ferrari.

No lo descubrió de nuevo hasta dejar atrás una curva y un Williams blanco. El Ferrari amenazaba ahora a un Brabham amarillo.

Rob Gill adelantó distancia en la recta y pasaron los tres delante de los *boxes* como balas, muy juntos. La multitud rugía de entusiasmo y nadie recordaba ya a los pilotos accidentados.

La siguiente curva la tomaron casi pegados uno al otro. Luego, el Ferrari se ladeó de un modo escalofriante y pasó al Brabham temerariamente. Gill sintió que los pelos se le ponían de punta, porque a aquella distancia si aquellos dos colisionaban él se estrellaría también sin posibilidad alguna...

El piloto del Brabham redujo un poco la velocidad y el Ferrari aceleró despegándose como una centella. De modo instintivo, sin que su voluntad interviniera para nada en la maniobra, Rob hundió el acelerador y adelantó al Brabham justo cuando su piloto volvía a ganar velocidad.

Durante unos segundos eternos rodaron juntos, emparejados, con la siguiente curva echándoseles encima.

Rob sentía el cuerpo empapado **de sudor. La curva estaba** allí... cerrada, a la izquierda... y el **Brabham no parecía dis**puesto a ceder.

Redujo a tercera. Sabía que a aquella velocidad, y en aquella curva, necesitaba la segunda. Lo sabía... tenía que hacerlo.

Solo que no lo hizo. Entró en el viraje con los neumáticos aullando una inútil protesta, y acelerando antes aun de haber completado la maniobra.

El piloto del Brabham renunció a la lucha y quedó atrás, dejándole toda la pista para él.

De nuevo cazó al Ferrari en la recta de *boxes,* pero no quedaba distancia para pasarlo. Tenía que adelantarle... necesitaba adelantar al maldito coche...

Había adelantado puestos. Ignoraba cuántos, pero sabía que había ganado posiciones. Si mantenía el ritmo alcanzaría un puesto cómodo en el que mantenerse sería un juego de niños.

Pero allí estaba el Ferrari volando magistralmente. Reconoció en

él el coche de Condé, uno de los más expertos pilotos independientes de Fórmula 1. No iba a darle facilidades.

Durante dos vueltas se mantuvo pegado a la cola del bólido de Condé, tanteando sus posibilidades a cada oportunidad. Ahora, otros coches rugían tras él, pero manteniendo una cierta distancia.

Pasó ante los *boxes* igual que una loca exhalación, sin prestar ninguna atención a la pizarra que el cronometrador enarbolaba en un intento de que viera su posición.

El Ferrari le obsesionaba. Era como si se hubiera convertido en la prueba definitiva. Pasarlo era ganar.

Salió de la curva *chicane* con los neumáticos aullando y dejando negras marcas en el *macadam.* Luego, la recta, y el Ferrari a su alcance.

Lo pasó a tal velocidad que Condé debió creer que tenía que hacérselas con un loco y redujo un poco la marcha. La curva estaba allí y el cambio de marchas chirrió desesperadamente con la salvaje reducción. Rob Gill sintió que los pelos se le ponían de punta.

Entró en la curva con el bólido coleando a punto de convertirse en una peonza. Pudo salvar el *trompo* y enderezarlo en el último instante y hundió el acelerador distanciándose del Ferrari con una sensación de vacío en el estómago.

Mantuvo la posición contra los intentos de Condé de darle alcance, hasta que el piloto renunció, de momento, a la aventura. Condé sabía esperar y carecía de nervios.

Captó más tarde la señal de aviso de su cronometrador. Habría de detenerse para repostar dentro de dos vueltas.

Entonces, en sus retrovisores surgió el Renault turbo de René Arnoux, veloz y seguro. Era el coche que había salido en primera posición y había ganado ya una vuelta.

Rob le admiró en silencio. Salieron los dos de la siguiente curva como relámpagos y allí Gill, sin reducir, bordeó la pista y el Renault le adelantó igual que una bala de cañón.

Cuando se detuvo en *boxes,* Falk saltó hacia él entusiasmado.

—¡Muy bien, Rob! —exclamó—. Mantente durante las próximas vueltas. No te arriesgues. Has ganado tres puestos y faltan muchas millas.

—¿Qué pasó a la salida, quiénes se estrellaron?

—Aun no lo sé seguro...

—¿Resultó algún herido?

—Tampoco lo sé, aunque creo que sí. Vi las ambulancias.

—El que pilotaba aquel Lotus debía estar loco... se me cruzó y no me estrellé contra él de milagro... fue el responsable.

—Olvídalo. Hasta ahora vas muy bien, no necesitas forzar el ritmo por lo menos hasta después de la siguiente parada.

Oyó el grito del mecánico que había llenado el depósito y reanudó la carrera sintiéndose ligero y seguro.

No arriesgó nada durante mucho tiempo. Vio un coche parado fuera de la pista, con el piloto quitándose el casco, ara aquel muchacho la carrera había terminado.

Otro se estrelló contra el carril protector, dio unos tumbos y cuando Gill le pasó le vio caer entre una polvareda. En la siguiente vuelta estaban allí los bomberos y una ambulancia.

Rob Gill, a estas alturas de la carrera, se había convertido en una pieza más de aquella máquina roja. Obraba casi por puro instinto, cada movimiento preciso y justo a la necesidad del instante.

En la siguiente parada en los *boxes,* Falk sudaba a mares.

—Estás en el séptimo puesto, Rob —dijo mientras los mecánicos cambiaban las ruedas a velocidad increíble—. Se han estrellado dos de los que te precedían, y tú ganaste otro...

—Soy un tipo con suerte —gruñó.

—¡Maldita sea tu alma! Te lo digo para que no intentes ninguna estupidez.

—¿Viste a Mendelberg?

—Estuvo aquí antes, en compañía de Natham.

—¿Qué dijo?

—Que eras el piloto que él siempre había necesitado. Parecía feliz.

Rob Gill le observó un instante, suspicaz. No hay ningún propietario de marca o de escudería que no desee ver a sus bólidos en el primer puesto de cada carrera.

—¿No dijo nada respecto a ganar?

Falk sintió que se le paralizaba el corazón.

—Ni una palabra —rezongó—. Ni nadie espera que ganes las 500 millas. Es tu primera prueba, Rob. No cometas ninguna locura... solo mantente.

—Con este coche podría ganar.

Falk se llevó las manos a la cabeza.

El mecánico que había llenado el depósito gritó el aviso. Los que se ocupaban de las ruedas se apartaban también en aquel momento.

Precipitadamente, Falk ladró:

—¡Has perdido la cabeza, idiota! Los *turbo* van en cabeza, todos los *turbo* de la carrera. ¿Cómo vas a ganarles, estrellándolos?

Rob entró la primera y el bólido salió zumbando.

Solo entonces, Falk comprendió que había dicho lo que no debía. Se maldijo y hubiera querido estrellar la cabeza contra un muro.

Y cuando el bólido rojo pasó de nuevo ante los *boxes,* en la siguiente vuelta, hubiera querido morirse porque comprendió que sus palabras habían hecho un efecto catastrófico. Rob Gill volaba a doscientas millas por hora, y arrancó un bramido de entusiasmo a la multitud cuando, delante de miles y miles de ojos, adelantó a un Brabham amarillo a escasas yardas de la curva, dejando sin aliento a todo el que sabía lo que era aquella curva.

No obstante, la venció de una forma temeraria, pero al mismo tiempo perfecta, y desapareció en la lejanía como un chispazo de fuego.

Falk, temblándole las piernas, se apartó de los *boxes* renegando en voz baja. Se maldecía a sí mismo por haber dicho lo que no debía.

—¿Qué le dijiste, Falk? —interrogó a sus espaldas la voz de Norma.

Se volvió como si le hubiera mordido una serpiente.

—¿Qué te hace pensar que dije algo?

—Desde que salió de *boxes* corre de otro modo… y estuviste hablando con él todo el tiempo.

Falk se quitó la gorra de un manotazo. Incapaz de controlarse la arrojó contra el suelo y barbotó:

—Perdí la chaveta. ¡Así hubiera perdido la lengua!

Norma enarcó las cejas. Sus profundos ojos azules se llenaron de inquietud.

De pronto, Falk dio un respingo.

—¿Quién te dejó entrar en *boxes?* Deberías estar con el público…

—Eso no importa. ¡Mira!

El March rojo pasó igual que una chispa de luz por la recta y Falk soltó un quejido.

—¡Lo va a intentar! —ladró—. ¡Maldita sea mi alma, va a intentarlo!

—¿Intentar qué, Falk?

Él no replico. Sentía cómo sus nervios se descomponían por instantes.

—¡Habla, maldita sea! ¿Qué es lo que va a hacer?

La voz de la mujer tenía un acento apremiante.

—¿No lo entiendes? Va a intentar ganar la carrera...

Ella se quedó mirándole como si le viera por primera vez.

—Bueno —dijo con voz lenta—. ¿Es que lo dudaste alguna vez? Rob ha nacido para correr. Labuse decía que había nacido para ganar... ¡Caro que va a intentarlo!

—Tú también tienes serrín en la cabeza. No está preparado para eso todavía. Y los coches que le preceden son los mejores del mundo, los turbo, y sus pilotos... Bueno, sabes tan bien como yo que no los hay mejores tampoco.

Norma tendió la mirada hacia la pista, por la que seguían pasando a todo gas los bólidos que aún seguían en carrera.

Cuando el de Gill pasó rugiendo había ganado otro puesto, y el cronometrador llegó disparado para decírselo a Falk.

Norma murmuró:

—Si ganara...

—Antes se habrá matado.

—¡Falk!

—O habrá matado a alguien... y a esa velocidad es un suicidio intentarlo siquiera. ¿Es que no te das cuenta después de todo lo que viste a lo largo de años?

—Lo sé... pero creo en milagros, Falk. Creo en el milagro de la vicia y de la muerte, y en que esta no le llega a nadie hasta que el instante preciso que tiene determinado.

—¿Y quién determina ese instante? No será el loco que pilota un trasto de esos... ¿O estás hablando de Dios?

Ella no replicó. Cruzó los brazos, como si quisiera abrazarse a sí misma, y tendió la mirada a lo largo de la pista. Los bólidos rodaban como locas manchas multicolores, ahogando el estruendo

de los millares de gargantas que se desgañitaban en los graderíos.

En la curva surgió un Ferrari y detrás de él una mancha roja. Falk contuvo la respiración y Norma dijo entre dientes:

—Lo va a pasar... ¡Qué coche, Falk!

Los dos zumbaron emparejados delante de los *boxes.* En la ligera curva siguiente Rob Gill había dejado atrás al Ferrari.

Un BMW turbo apareció petardeando y soltando humo. Entró en *boxes* y ya no volvió a salir. Norma exclamó:

—¿Te das cuenta? La suerte está de su parte... Te dije que podía ganar...

—¡Cállate! —el mecánico se alejó de ella lamentando en su fuero interno su exabrupto, pero lamentando también haber vuelto a las grandes competiciones, a los sobresaltos, a las angustias y temores.

No obstante, sabía que él tampoco podría vivir sin todo eso.

Vio a los restantes turbo pasar uno tras otro, manteniendo sus puestos de privilegio con absoluta seguridad. Detrás de ellos, los restantes supervivientes pugnaban por ganar posiciones.

Y el March rojo lo lograba, y Falk, hecho un lío, ya no sabía si alegrarse o no.

Cuando Rob Gill se detuvo para repostar por última vez antes del final, el cronometrador le anunció:

—Estás en sexta posición, muchacho. Solo tienes delante los turbo y un Brabham.

Falk sintió tentaciones de machacarle la cabeza.

Rob barbotó:

—¿Qué Brabham?

—El de Giancarlo.

—Bien...

Falk dio un vistazo al hombre que llenaba el depósito y a los que revisaban velozmente los neumáticos.

—Rob —gruñó—. No pierdas la cabeza. Y lamento lo que te dije antes.

—Vete al infierno.

—Sí, bueno...

Detrás de Falk. Norma se aproximó hasta entrar en el radio de visión del piloto. Rob dio un respingo y se quedó mirándola estupefacto.

—¿Qué haces aquí? —barbotó, con la voz apagada por el equipo protector y el casco.

—Quise ver la carrera. Pero hay algo más, Rob… quería decirte que eres magnífico. Si tú quieres la carrera es tuya.

—No te pases, Norma. Pero te agradezco tu intento… si es que solo es eso.

El grito de los mecánicos cortó las voces, y el bólido rojo saltó a la pista ganando velocidad entre el chillido de los neumáticos y el rugiente latir de un motor que respondía con perfección.

Falk se encaró con la muchacha. Sus ojos echaban chispas.

—¡Ahora te comprendo! —dijo rechinando los dientes de cólera —. Ahora sé lo que pretendes.

Serenamente, Norma sonrió.

—¿De veras?

—¡Quieres verle hecho pedazos, eso es lo que quieres! Por eso le has provocado diciéndole que la carrera es suya… para que lo arriesgue todo a una carta y se mate.

—No se matará, Falk.

—¡Vete de aquí!

Ella sacudió la cabeza. Se volvió cuando el bólido rojo pasó lamiendo la cola del Brabham de Giancarlo, los dos lanzados a doscientas millas.

En la curva, el Brabham lo arriesgó todo en una temeraria maniobra para despegarse del molesto perseguidor. Desde los *boxes* oyeron el aullido de los neumáticos y después un tremendo estampido, y vieron una humareda a lo lejos.

Falk sintió que le temblaban las piernas, porque no sabía cuál de los dos coches se había estrellado. O quizá, los dos, miró desolado hacia Norma. Ella estaba muy pálida, pero sus ojos brillaban con extraña determinación.

—No ha sido él —murmuró—. No puede haber sido él…

—¿Cómo lo sabes, por telepatía? Ojalá no hubieses venido.

Los altavoces anunciaban algo, pero con el bramido de la multitud no pudo entender una palabra.

Una sirena aulló en alguna parte. Un helicóptero giraba allá arriba como un pájaro de mal agüero.

Falk se restregaba las manos de angustia.

Y entonces, en la curva, apareció un turbo, y detrás de él,

volando materialmente sobre la pista, la mancha roja del bólido de Gill, y tras este, perdiendo terreno, otro turbo al que había adelantado.

Norma gritó incapaz de contenerse:

—¡Los está venciendo, Falk, los gana…!

Falk tenía un nudo en la garganta y no replicó.

Miró al cronometrador. Este le mostró los cinco dedos abiertos.

Quinta posición…

Si se quedara en ella. Si comprendiera que era todo lo que podía hacer sin matarse…

Rob Gill no se mató, pero otro de los turbo se vio obligado a abandonar por problemas mecánicos y la carrera acabó.

Rob Gill quedó clasificado en cuarta posición.

Por entre el gentío que invadía la pista hacia la tribuna donde iban a aparecer los vencedores, Rob Gill deslizó su bólido rojo entre palmadas y gritos. Cuando lo detuvo en los *boxes* se quedó allí, inmóvil, la cabeza echada hacia atrás y con la mirada perdida en la inmensidad azul del firmamento.

Falk soltó el cierre de los cinturones de seguridad. Le quitó el casco. Los ojos de Rob giraron hacia él, casi inexpresivos.

Su voz era ronca, sorda, cuando preguntó:

—¿Dónde está Norma?

—No sé… estaba aquí hace un minuto.

—Búscala.

—Escucha, Rob, no es el momento ahora. Esa mujer busca tu perdición.

—Lo sé, pero no importa. Tráela aquí.

—¡Maldita sea! Acabas de terminar una carrera sensacional y todo lo que se te ocurre…

Lessy llegó abriéndose paso a empellones. Apartó a Falk y trató de abrazar a Rob en su difícil postura.

Este se irguió para salir del coche. Los dos quedaron abrazados un instante. Lessy temblaba y él lo notó a través de todo su equipo.

Falk rezongó por lo bajo. Supo que ya no tendría que buscar a Norma.

La carrera había terminado.

CAPÍTULO VIII

El cuartel general de Mendelberg en Londres era un edificio en la City, majestuoso y brillante, que se erguía en una esquina. Había oficinas de otras empresas, pero las últimas tres plantas pertenecían a Mendelberg.

Rob Gill, hundido en una enorme butaca y con un helado *whisky* en la mano, pensaba en los complejos negocios di aquel hombre para mantener semejante lujo.

Natham colgó el teléfono y volviéndose hacia el piloto anunció:

—Confirmado. Saldremos para Monza pasado mañana.

—Bien...

—Creo que el embarque de la expedición quedará completado mañana mismo. Hemos reservado pasajes de avión para usted y Falk. Los demás viajarán con los coches y los remolques-taller.

—Eso no le gustará mucho a Falk.

Natham enarcó las cejas.

—Bueno, casi siempre viaja con usted... pensé que era lo que él deseaba.

—No importa. Monza es un buen circuito. Podemos hacer un excelente papel.

—No me cabe la menor duda. Está colocándose usted en una posición magnífica en el campeonato del mundo de pilotos. El quinto puesto, en su primer año, es algo que cuando empezamos apenas nos atrevíamos a imaginar.

Tras una pausa, Gill gruñó:

—Podría ser aún mejor si me hubiesen hecho caso.

—Tómelo con calma. Está entre los mejores pilotos del mundo, y eso no se gana con improvisaciones. El señor Mendelberg está considerando todas sus sugerencias.

—¿Incluso las de un motor turbo?

—Esa también. Pero es algo que hay que estudiar muy bien.

Rob suspiró.

—Con uno de esos motores...

Natham hizo un gesto con la mano, como si espantara una

mosca.

—No se trata de un motor, Gill, y usted lo sabe. Hay que adquirir varios para las pruebas y los acoplamientos. Significan millones y millones. De momento estamos consiguiendo más de lo que pensamos al principio. Gracias a usted en una gran parte, por supuesto.

Rob Gill se levantó. Dejó el vaso sobre una mesilla y tendiendo la mirada por el inmenso ventanal, gruñó:

—Esperaré.

La brillante panorámica de Londres se extendía ante sus ojos, rebosante de vida.

Era cierto que había alcanzado un puesto de privilegio en el *ranking* mundial de Fórmula 1. Era algo que, solo unos meses antes, ni siquiera se atrevía a imaginar.

Desde la mesa, Natham dijo con su voz extremadamente amable:

—Ahora, si me permite, Gill, tengo un trabajo endiablado.

—Claro, disculpe, Natham. Siempre olvido que ustedes son hombres de negocios.

Se estrecharon las manos y el piloto se dirigió a la puerta. Antes de salir, Natham le advirtió:

—Encontrarán ustedes los pasajes del avión en el aeropuerto, como de costumbre.

Gill abandonó el edificio y caminó sin prisas por la acera, entre apresurados ejecutivos de severa vestimenta.

Entró en un *snack* y tomó un café, casi por inercia, porque no tenía que ver a Falk hasta la hora de la comida.

Londres le pesaba, como si colocaran un plomo sobre sus espaldas. Bien era cierto que lo tenía todo. Había conseguido mucho más de lo imaginable. Pero se sorprendió a sí mismo pensando que también había conseguido un absoluto tedio en las grandes ciudades.

Las aborrecía, y Londres no era una excepción.

Cuando, a la hora de la comida, se reunió con Falk, el mecánico no parecía mucho más feliz que él mismo.

—Lessy estará aquí dentro de unos minutos —le anunció de mal humor.

Rob le observó con mirada intrigada.

—¿Qué diablos te pasa?

—Nada.

—No me vengas con cuentos. Te conozco demasiado bien. Tienes algo entre ceja y ceja, Falk, no puedes engañarme.

—Está bien, si quieres saberlo. Es esa mujer.

—¿Lessy?

—Norma, aunque Lessy también me preocupa.

Rob se echó a reír sin ganas.

—Maldito si entiendo lo que quieres decir. Pareces una esposa celosa, Falk.

El mecánico se encogió de hombros y optó por cerrar la boca.

Se aproximó un camarero y Rob Gill pidió un *martini*. Luego dijo:

—Bueno, no te quedes ahí, callado como un Buda. ¿Qué pasa con las chicas? Y aclárame qué es lo que te preocupa de cada una de ellas.

—Norma te ha seguido en todas las competiciones en que has tomado parte.

—¿Y qué?

—¡Maldita sea mi estampa! Te ha seguido por todo el mundo, hasta Sudáfrica, solo para verte correr…

Gill arrugó el ceño.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¿No lo comprendes? Va detrás de ti como esas aves de mal agüero, esperando contemplar tu fracaso, tu muerte en cualquier circuito. Es como los buitres carroñeros, eso es lo que es.

—Me parece que estás viendo fantasmas, viejo.

—Sé lo que me digo.

—Muy bien, en cualquier caso quien debería preocuparse por eso soy yo, así que vayamos a Lessy. ¿Qué tienes contra ella?

La llegada del camarero aplazó la respuesta de Falk.

Rob sorbió el *martini* sin quitar ojo de la cara sombría del mecánico.

—Lessy quiere que dejes las competiciones —dijo al fin.

—Eso no es ninguna novedad.

—Quizá lo sea el hecho de que mete las narices donde no debe, Rob.

Este enarcó las cejas, sorprendido.

—¿De qué estás hablando?

—Uno de los mecánicos la sorprendió la otra tarde en el remolque del bólido.

—¿A Lessy?

—Es lo que te estoy diciendo. Estaba metiendo las narices en el coche, tocando aquí y allá. El mecánico la echó y luego me contó lo sucedido.

—Bueno, no veo en eso nada grave, ni mucho menos preocupante. Debía sentir curiosidad por ver el coche de cerca, o vete a saber qué pasa por la cabeza de una mujer. Olvídalo.

—No puedo.

—Vamos, Falk, no conviertas una tontería en una novela de intriga.

—¿Y si te sabotea el coche? Ella puede imaginar que si tienes un fracaso abandonarás los circuitos para siempre...

Rob Gill apuró el *martini*. Sacudió la cabeza y al fin gruñó:

—Falk, estás sacando las cosas de quicio.

—Ojalá sea así.

—Está bien, cuando llegue le preguntaré qué estaba haciendo en el remolque. Ahora dedícate a beber y deja de preocuparte tontamente.

Falk no replicó.

Quince minutos más tarde, Rob gruñó:

—Ya debería estar aquí...

—Las mujeres no tienen la menor noción de la puntualidad.

—Ahí te equivocas, por lo menos en lo que respecta a Lessy. Si hay algo que ella no soporta es la falta de puntualidad.

—Y las carreras. Tampoco las soporta.

—Solo porque yo tomo parte en ellas, pero esta es otra cuestión. Lo que me sorprende es que no haya llamado por teléfono si algo la ha retrasado.

Lessy ya no llamaría por teléfono nunca más.

CAPÍTULO IX

El coche era un Austin grande y negro, como los había a millares por todo Londres.

Avanzaba despacio por entre el denso tráfico, entorpeciendo incluso la marcha de los otros vehículos que atestaban la calle y ganándose alguna que otra maldición.

De pronto, al conductor le entraron unas prisas endiabladas. El Austin negro y grande saltó hacia adelante con un brusco chirrido de neumáticos, realizó una temeraria maniobra y sus ruedas golpearon el bordillo. Por un instante el coche pareció encabritarse al saltar sobre la acera.

En ese tramo no había más que una mujer caminando apresurada. Los demás viandantes estaban a cierta distancia.

El Austin negro rugió al precipitarse contra la solitaria figura de la mujer, el motor acelerado de un modo delirante. La mujer, Lessy, se volvió sobresaltada. Vio el amplio morro del coche, los brillantes cromados y los cuatro faros como ojos de un monstruo, todo ello precipitándose sobre ella.

Ni siquiera pudo gritar. El golpe la cazó de lleno lanzándola al aire como una frágil muñeca de trapo. Su ya rota cabeza golpeó la pared a una altura de dos o tres metros del suelo. Luego, tras rebotar aparatosamente, cayó sobre la acera, un sucio revoltijo de ropas, carne y sangre que empezó a desparramarse por las baldosas.

El coche, tras un giro escalofriante, se alejaba por la calle entre frenazos, chillidos de neumáticos, aullidos de mujeres y juramentos de los conductores.

En menos de un minuto toda la calle se convirtió en un infierno. Una mujer se desmayó, y otra aullaba como loca sin poder desviar la mirada del informe montón sanguinolento que yacía en la acera.

Un silbato sonó en alguna parte, y, más lejos, otro le respondió. Llegaban hombres y mujeres de todos lados, aturdidos por la sorpresa, por el terror de lo que habían presenciado.

El primer guardia que se abrió paso entre el gentío se quedó mirando también a la mujer destrozada y sintió ganas de vomitar.

Se dominó con esfuerzo y luchó por apartar a los más próximos curiosos. Llegaron más policías, empezaron a hacer preguntas, y un viejo, que había presenciado lo, sucedido desde la esquina, dijo que él recordaba muy bien la matrícula del coche.

Los policías tomaron notas, nombres, declaraciones.

Otro recogió el bolso de la mujer, caído cerca del cuerpo y manchado de sangre.

Los documentos estaban a nombre de Lessy Tindall.

Lessy ya no llamaría por teléfono nunca más.

* * *

Rob Gill se volvió de espaldas al cadáver destrozado que yacía sobre la mesa del hospital y gruñó:

—Sí, es ella...

El inspector Davidson hizo una breve anotación en un pequeño cuaderno.

—Entiendo que la identifica usted formalmente, señor...

—¡Sí, sí, la identifico formalmente! —estalló Rob con voz como un chirrido—. Ahora quiero saber cómo ha sucedido.

Falk, a su lado, murmuró:

—Tómalo con calma, muchacho.

El inspector carraspeó.

—No fue un accidente —dijo.

—Me dijeron que la atropelló un coche que se dio a la fuga...

—Eso es cierto, pero no fue un accidente.

Los ojos tranquilos del policía estaban fijos en la cara del piloto. Tenían una expresión amistosa, confiada.

Rob tardó un poco en comprender el alcance de aquella afirmación. Falk fue más rápido, quizá porque a él la cosa no le afectaba tan profundamente.

Davidson, con la misma voz tranquila, añadió:

—Fue un asesinato, señor. Tenemos declaraciones de multitud de testigos que no dejan lugar a dudas.

—Eso es absurdo...

—Tenemos incluso la matrícula del coche, la marca y el modelo, y sabemos a quién pertenece.

Falk gruñó:

—Sabiendo todo eso, ¿a quién han detenido?

—No es tan fácil. El coche fue alquilado esta misma mañana. Por una mujer, concretamente.

—¿Quiere decir que una mujer alquiló un coche solo para matar a Lessy? Oiga, inspector...

—No hay la menor duda sobre eso —le atajó el policía con su voz tranquila—. Suponemos que sus documentos serían falsos, pero necesitaba presentarlos para conseguir el alquiler. De todos modos la encontraremos, estamos seguros.

—De cualquier modo, todo esto es una absurda pesadilla. Nadie odiaba a Lessy hasta el extremo de matarla. En realidad, no conocía a nadie en Londres... había vivido toda su vida entre Norteamérica y Francia...

—¿Está usted seguro?

—Absolutamente.

Davidson se encogió de hombros.

—Todo se aclarara a su debido tiempo. Por supuesto, voy a necesitar su colaboración, señor Gill.

—Mañana salgo para Monza, inspector. ¿Qué clase de colaboración puedo prestarle yo?

—Mediante sus respuestas. Hablaremos en mi despacho y espero que saquemos alguna conclusión de sus conocimientos sobre las relaciones de esa mujer. Si he entendido bien, vivían juntos desde hace algún tiempo.

—Así es.

—Bien...

Falk gruñó:

—Yo me ocuparé del viaje, Rob. No necesitas preocuparte por nada.

—Está bien.

Davidson pasaba páginas de su libretita. Sin levantar la mirada preguntó con voz lenta, casi casual:

—El nombre de Norma Labuse, ¿les recuerda a alguien?

Los dos le miraron asombrados.

Rob Gill dijo:

—Conozco a Norma Labuse. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque ella es la mujer que alquiló el coche.

Falk se quedó mirando al policía con la boca abierta.

Rob sacudió la cabeza, incrédulo.

—Usted está loco, inspector.

Davidson sonrió. No parecía siquiera un policía, con su cara bonachona y sus ojos tranquilos.

—En ocasiones me han llamado cosas peores —dijo con calma —. Pero eso no desvirtúa el hecho de que esa mujer, Norma Labuse, alquilase el coche con el que mataron a Lessy Tindall.

—No lo creeré, aunque lo jure usted ante un tribunal, inspector. Norma es incapaz...

—Nadie es incapaz de matar, si cree tener motivos suficientes. Lo sé por experiencia. Una vez, una viejecita... pero eso es otro asunto, volviendo a esa Norma Labuse. ¿Qué relación la une a usted? Y de paso, ¿había alguna relación entre ella y la mujer muerta?

—Ninguna.

Falk barbotó un juramento entre dientes. La mirada tranquila del policía le observó un instante, antes de indagar:

—¿Quería usted decir algo al respecto?

Falk miró, apurado, a Rob Gill. Luego negó con un gesto y apretó las quijadas. Sus dientes sonaron como un cepo al cerrarse.

—Bien, le ruego que venga a mí despacho dentro de una hora, señor Gill. He de ocuparme de un par de cosas antes de tener esa conversación a fondo con usted, y para entonces creo que ya sabremos algo más sobre esa extraña muerte. ¿Puedo confiar que será usted puntual?

Gill asintió, aturdido. Falk refunfuñó:

—¿Va a necesitarme a mí también, inspector?

—A menos que crea tener algo concreto que decirme, no, señor.

Apenas murmuró una despedida y salió de la estancia.

Rob Gill giró sobre los pies y se quedó mirando el bulto cubierto por una sábana. La sangre tenía oscuras manchas de sangre.

Falk dijo:

—Comprendo lo que sientes, Rob.

El empleado del depósito de cadáveres abrió la puerta, y la mantuvo abierta hasta que los dos hubieron salido a la pequeña sala de espera.

Rob encendió un cigarrillo. Sus dedos temblaban.

—Norma se haría eso —murmuró.

—Nadie sabe de lo que es capaz una mujer que odia, Rob.

—¡Al infierno con eso! Ella me odia a mí, pero no tenía nada contra Lessy.

—Los policías le sacarán la verdad, no necesitas romperte la cabeza pensando en todo este maldito asunto.

—Ojalá fuera tan sencillo…

—Ya sé que no lo es para ti. Bueno, voy a ocuparme del viaje y asegurarme de que el coche saldrá a tiempo. Sigo sin confiar en toda esa gente extranjera.

Gill enarcó las cejas. Trató de esbozar una sonrisa cuando dijo:

—Falk, aquí los extranjeros somos nosotros. No lo olvides, si quieres evitarte disgustos.

—Yo sé lo que quiero decir. Y ya que estamos en eso, te diré algo más…

Rob hizo un gesto de impaciencia. No estaba en condiciones de entablar una discusión con su mecánico, allí, con el cadáver de Lessy tendido al otro lado de aquella puerta.

—Diles a los responsables de las expediciones que quiero viajar con el coche de ahora en adelante. Como lo hacía antes con los Brabham. Como lo hice siempre. Uno nunca sabe lo que puede suceder en una expedición.

—Está bien, ya hablaremos de eso en otra oportunidad.

Falk pareció dispuesto a insistir, pero al fin acabó por encogerse de hombros y tras una seca despedida abandonó también el sombrío lugar.

Rob encendió un cigarrillo. Sentía los nervios tensos y una gran confusión de ideas. Estaba seguro de que Norma no podía haber intervenido para nada en el fingido accidente que había causado la muerte de Lessy. Todo era una suerte de pesadilla absurda.

No obstante, quedaba la duda. Siempre quedaría la duda hasta que Norma aclarara su posición.

CAPÍTULO X

El despacho del inspector era sencillo, funcional y cómodo, en lo alto del nuevo edificio del Yard.

Davidson parecía menos un policía allí de lo que semejaba en el depósito. Cualquiera hubiera podido confundirle con un sencillo funcionario contable de una empresa rutinaria.

—Siéntese, por favor —dijo con su voz tranquila.

Gill se dejó caer en una de las dos sillas que había delante de la mesa. Encendió un cigarrillo con dedos nerviosos y gruñó:

—Espero que esto termine cuanto antes, inspector. He de salir de Inglaterra dentro de unas horas y no alcanzo a comprender en qué puedo ayudarle. Lessy era muy querida para mí y quiero ver al asesino entre rejas, pero me espera una difícil prueba en Monza y aún no sé cómo voy a afrontarla...

—Comprendo muy bien lo que siente, y puedo asegurarle que seremos lo más breves posible. Han sucedido algunas cosas desde que nos separamos.

—Está bien.

—Para empezar, le diré que hemos localizado a Norma Labuse.

Rob dio un salto y quedó de pie, inclinado sobre la mesa, tenso como un cable.

—Así que estaba en Londres...

—Inscrita en un hotel. No hubo la menor dificultad en dar con ella.

—¿La han detenido?

Davidson carraspeó.

—Está aquí, por supuesto, efectuando una declaración a uno de nuestros estenógrafos. Aunque antes ha respondido ya a unas preguntas que le hice personalmente.

—¿Y qué?

—Naturalmente, niega que haya alquilado ningún coche.

Rob masculló un juramento.

—Ya le dije que yo no creía que ella...

Davidson le interrumpió con un gesto.

—En principio, nadie admite nunca que haya cometido un delito. Es una tarea dura y laboriosa arrancarles la verdad. Esa mujer no podía ser una excepción. De todos modos, aún no ha sido acusada formalmente de ningún hecho delictivo.

—Pero la están interrogando sus hombres. Creo que llamaré un abogado, inspector.

—Puede hacerlo, si lo desea. Pero ella ha renunciado a ese derecho cuando le ha sido ofrecido.

—¿Norma ha renunciado a llamar un abogado?

—Podrá preguntárselo usted dentro de poco, cuando termine su declaración. Entretanto, le diré que si admite que conocía a Lessy Tindall muy bien.

Rob masculló un juramento y volvió a sentarse, desconcertado.

—Está bien, esperaré a hablar con ella antes de tomar ninguna determinación. De cualquier modo, su actitud me desconcierta, inspector.

Davidson sonrió, recostándose cachazudamente en el sillón.

—Quizá sea debido a que usted tiene formada una idea equivocada de la policía inglesa, señor Gill.

—Tal vez.

Unos golpes en la puerta interrumpieron el diálogo. Davidson dio una voz y un agente apareció, acompañando a Norma.

Rob se levantó, tenso, mirándola con ojos entrecerrados en los que se adivinaba la angustia de la incertidumbre.

Sin una palabra, el policía de uniforme cerró la puerta y desapareció. El inspector dijo con su voz tranquila:

—Siéntese, señora Labuse.

Norma ni le miró. Estaba pendiente del rostro crispado de Rob Gill. Avanzó hasta detenerse a menos de un paso de él.

—Hola. Rob —musitó—. Lamento lo sucedido, lo creas o no.

—Siéntate...

Lo hicieron los dos, ante la mirada del inspector.

De nuevo, alguien llamó suavemente a la puerta.

—¡Pase!

Un hombre joven, de rostro aniñado y cabello crespo, entró con un pliego de papeles en la mano.

—Las copias para la firma estarán dentro de unos minutos, señor —anunció, dejándolos sobre la mesa.

Davidson asintió con un gesto. Luego dijo:

—Mi ayudante señor Carmody. Usted ya le conoce, señora Labuse, pero el señor Gill no. Puede usted quedarse aquí, Carmody, tal vez sea interesante oír sus opiniones.

Rob no podía apartar la mirada del rostro crispado de la hermosa mujer, que a su vez le miraba con sus grandes ojos profundamente azules.

—¿Tú también crees que yo hice esa cosa horrible? —le espeto de pronto, con voz que temblaba.

—No.

—Gracias, Rob.

—Sin embargo, Norma, alguien usurpó tu nombre. ¿No puedes imaginar quién?

Ella sacudió la cabeza.

—Ya les he dicho a los policías que me interrogaban lo que pasó. Alguien me robó el bolso. Llevaba en él los documentos, el pasaporte, todo, incluso bastante dinero.

Rob se volvió hacia el inspector. Antes que pudiera formular ninguna pregunta, el policía dijo:

—Hemos comprobado que la señora Labuse acudió a la embajada de su país denunciando que le habían robado los documentos, incluido el pasaporte.

—Entonces, ¿para qué diablos siguen importunándola?

—Bueno... ya sabe cómo son estas cosas. Debemos verificar todos los datos que se nos facilitan. De cualquier modo, cuando ella acudió a la embajada el coche ya había sido alquilado. Me refiero, claro está, al coche asesino.

Rob se volvió hacia la muchacha.

—¿Por qué no quieres llamar a un abogado? Te dejarían en paz en cuestión de minutos...

—No hice nada malo, Rob, soy completamente inocente, así que no veo la necesidad de traer abogados para que lo compliquen todo. Me robaron el bolso en una cafetería, a la hora del desayuno. No me di cuenta hasta que salí de allí. Me entretuve leyendo un periódico, y a la hora de pagar fue cuando descubrí que el bolso había desaparecido. Eso debió dar tiempo a quién fuera de utilizar mis documentos.

—Pero, ¿por qué los tuyos?

—Eso, Rob, es algo que me tiene tan inquieta como a ti.

Davidson escuchaba con su cara bonachona carente de expresión. De vez en cuando dirigía una mirada indiferente a su subordinado, pero eso era todo.

Rob se volvió hacia él y gruñó:

—¿Vas a retenerla mucho más tiempo?

—Cuando haya firmado su declaración podrá salir del Yard sin ningún inconveniente… espero.

—¿Es que todavía no está convencido de su inocencia?

—Casi. Estaré seguro dentro de unos minutos, si no estoy equivocado.

—¿De qué manera? Ella ya hizo su declaración.

—Por supuesto, por supuesto. Unos minutos más de paciencia y habremos terminado con ella. Entretanto, señor Gill, ¿qué tal si responde a un par de preguntas?

Rob refunfuñó un juramento entre dientes.

Davidson no esperó su aquiescencia y le espetó:

—Usted vivía con Lessy Tindall, ¿no es cierto?

—Lo sabe usted perfectamente.

—Tómelo con calma… ¿Hubo alguna vez algún otro hombre en la vida de la señorita Tindall? Usted debería saberlo, creo yo.

—Si lo hubo, debió ser mucho antes de intimar conmigo.

—Si eso es cierto, debemos descartar todo motivo pasional para el crimen…

Rob suspiró, fastidiado.

—Inspector, usted sabe tan bien como yo que los crímenes pasionales no se cometen de ese modo. Esa manera de matar es propia de asesinos profesionales, hombres sin nervios y sin escrúpulos.

Davidson cambió otra mirada inexpresiva con su ayudante. Luego le hizo una seña y murmuró:

—Vea si ha llegado ya ese caballero, Carmody.

El joven policía salió de la oficina sin una palabra. Se movía con lentitud, con esa aparente indolencia que esconde una poderosa energía presta a manifestarse a la menor oportunidad.

Davidson continuaba ojeando los papeles que tenía encima de la mesa. Sin levantar la mirada comentó:

—Uno podría sospechar de la señora Labuse… si ella estuviera

enamorada de usted. Los celos siempre son un poderoso motivo para el crimen, pero en este caso no parece siquiera posible imaginarlo, dado lo que ocurrió entre usted y el esposo de la señora, Gill.

—Está hablando demasiado para no llegar a nada concreto, inspector. Todo esto son tonterías.

—Un policía debe investigar todos los ángulos de cualquier caso que se le presente. A veces incluso acertamos, ¿sabe usted?

—No será en esta ocasión.

La respuesta del inspector nunca le llegó, porque unos golpes en la puerta anunciaron el regreso de Carmody.

Este dejó paso a un hombrecillo delgado, pulcro, de rostro pálido perfectamente rasurado. Vestía de oscuro, con un atildamiento que a Rob le hizo pensar en un enterrador.

Davidson se quedó mirándole mientras Carmody lo presentaba:

—Este es el señor Templeton, señor.

—¿Cómo está usted? Lamento haber tenido que molestarle. Imagino que estará usted sumamente ocupado, así que no le robaré mucho tiempo.

—Estoy a su disposición, naturalmente.

—Señor Templeton… ¿Reconoce usted a alguien de los que estamos aquí?

El hombrecillo paseó su mirada inquieta por los rostros de todos ellos. Se detuvo un instante más, quizá, en la bella cara de Norma, y al fin sacudió la cabeza.

—No, señor.

—¿Está seguro de no haber visto a ninguno, antes de ahora?

—Absolutamente seguro.

—¿Ni a esta señora?

De nuevo, la mirada del hombrecillo cayó sobre el rostro de Norma. Esta le sostuvo la mirada con serenidad.

—No, señor, nunca había visto a esta señora antes de ahora. Por supuesto, no es la que me alquiló el Austin.

Davidson carraspeó. Le dio las gracias al hombrecillo y este abandonó el despacho escoltado por Carmody.

Rob dijo:

—Supongo que después de eso dejará usted en paz a Norma, inspector.

—Por supuesto, la declaración de ese testigo la libra de sospechas. Sin embargo, quisiera que los dos hicieran un esfuerzo y tratasen de ayudarme, si más no, por su interés en ver al asesino entre rejas.

Fastidiado, Rob Gill esbozó un gesto de impaciencia. Pero Norma dijo con voz tranquila:

—Estoy dispuesta a hacer todo lo que usted crea conveniente, inspector, aunque no alcanzo a comprender cuál es la ayuda que espera usted de nosotros.

Davidson esbozó una sonrisa casi tímida. Rob pensó que aquel hombre había equivocado la carrera. Parecía más un pastor de cualquier iglesia pacifista que un policía.

—Verá usted, señora —murmuró Davidson—. No puedo creer que el robo de sus documentos, para alquilar el coche, fuera una casualidad. Piénselo un poco; entre todos los millones de hombres y mujeres de Londres le robaron el bolso a usted, que en cierto modo está relacionada con el señor Gill, y este con la pobre mujer que se convirtió en víctima del asesino. Ya no es una casualidad, sino varias.

—Ciertamente…

—¿Por qué a usted?

Rob gruñó:

—Por mí parte no tengo la menor idea. Si todo esto es una especie de complot, o una conspiración para comprometer a Norma, me parece absurdo. Nadie necesitaba llegar al crimen para eso. Y si se trataba únicamente de matar a Lessy… entonces aún entiendo menos por qué trataron de implicar a Norma, sabiendo que le sería sumamente fácil demostrar su inocencia.

Davidson asintió con un gesto.

—Es un buen razonamiento. Sigan pensando en ello y tan pronto se les ocurra algo háganmelo saber. Llamen, de día o de noche, y alguien les pondrá en contacto conmigo.

—No confíe mucho en eso, inspector.

—En este trabajo, cualquier cosa, el más insignificante detalle, se convierte en ocasiones en una evidencia de capital importancia. Gracias por su colaboración, y espero que usted sepa disculparnos, señora Labuse…

—¿Quiere esto decir que hemos terminado, señor?

Davidson le sonrió a Norma casi con timidez.

—Por el momento, señora, no creo que deba hacerles perder más tiempo. Si les necesito les llamaré. Y, por favor, piensen en quién y por qué ha intentado comprometerla. Eso nos ayudaría.

Los dos se levantaron. El policía les acompañó a la puerta y tras una breve despedida salieron en silencio, profundamente afectados por lo sucedido y por las incógnitas que el crimen dejaba en el aire, como suspendidas sobre sus cabezas.

CAPÍTULO XI

Sentados en una cafetería, esperaron a que la camarera se alejara después de servirles antes de hablar.

Norma sorbió un poco de café y murmuró:

—Dame un cigarrillo, Rob, por favor.

Él se lo encendió. Después de eso dijo:

—¿Qué estás haciendo en Londres?

Ella se encogió de hombros.

—Viajo. Veo mundo... Vivo. Afortunadamente el dinero no es ningún problema para mí.

Rob encendió otro cigarrillo y expelió el humo con fuerza, nerviosamente.

—Tienes una manera muy original de viajar, de ver mundo y de vivir. Si no estoy equivocado, tus viajes te llevan a todos los circuitos del mundo donde yo tomo parte en las competiciones.

—Es cierto.

—¿Por qué?

—Deberías saberlo. Siempre seguí las carreras de muy cerca.

—Cuando Labuse corría. Ahora la cosa es muy distinta me parece a mí.

—Por favor, Rob, no intentes atosigarme. Las carreras forman parte de mi vida, con Labuse en ellas o sin él. Algún día esta pasión se desvanecerá y podré quedarme en casa a hacer calceta o ver la televisión. Pero de momento aún me fascinan, eso es todo.

Tras un breve silencio, él gruñó:

—Dime una cosa, Norma... ¿Seguirías las competiciones con la misma asiduidad si yo no tomara parte?

—No lo sé... supongo que sí.

—Seamos sinceros, por favor. Tú crees que yo fui responsable de la muerte de Labuse y me odias por eso. No te lo reprocho, porque estás en tu derecho. Pero siendo esto así, no puedo por menos que dar la razón a Falk y pensar que solo me sigues a todas las competiciones con la esperanza de verme fracasar, o quizá algo peor... ver cómo me hago pedazos lo mismo que Labuse.

—No es cierto, Rob…

—Entonces, ¿qué?

—¿No podríamos cambiar de conversación? Todo esto es algo absurdo, sin sentido. Adoro las carreras por lo que tienen de excitante, pero nada más. Por favor, hablemos de otra cosa.

El apuró el café de un sorbo y fumó en silencio durante casi un minuto. A su alrededor se oían las voces de la gente, el movimiento de quienes entraban y salían, y esa explosión de vida parecía aislarles más si cabe en lugar de ser todo lo contrario.

Al fin, ella susurró:

—¿Qué significaba Lessy para ti, Rob?

—Vivíamos juntos. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Creo que no. Dos personas pueden vivir juntas años y años, y, sin embargo, ser dos completos extraños.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Solo trataba de conversar.

Gill la observó unos instantes con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados.

—Me gustaría comprenderte, Norma, pero lo cierto es que me desconciertas. No sé a qué atenerme contigo, ni qué pensar… nada de nada. Constituyes un absoluto misterio para mí.

La muchacha se recostó en la silla y esbozó una sonrisa.

—Es un privilegio de las mujeres intrigar a los hombres. Eso deberías saberlo a estas alturas, Rob.

—Imagino que estás burlándote de mí. Está bien, es una manera como otra cualquiera de esquivar la verdadera cuestión. ¿Ya tienes todo a punto para el viaje a Monza?

El brusco cambio de tema pareció que por un momento desconcertaba a la muchacha, pero luego esbozó un gesto de contrariedad y replicó:

—Me robaron el pasaporte junto con todo lo demás. Esta vez creo que no veré la carrera, a pesar de que en la embajada me dijeron que tratarían de solucionarme el problema en cuestión de horas.

Al mencionar de nuevo el tema, Rob Gill maldijo entre dientes y dijo de mal talante:

—¿Por qué te robarían los documentos precisamente a ti? El inspector tenía razón, no puede tratarse de una casualidad…

—No puedo siquiera imaginar una explicación lógica. No llevaba más de doce horas en Londres cuando sucedió.

—¿Tú conocías a Lessy?

—La había visto algunas veces, en los circuitos, y sabía que era la chica que vivía contigo, pero no le había hablado nunca —hizo una pausa, absorta, y luego murmuró—: y de pronto alguien la asesina y tratan de cargarme a mí el crimen. Es algo que parece una pesadilla.

—Quienquiera que haya sido, no cabe duda de que nos conoce a todos nosotros, sabe que de algún modo estamos relacionados. No me sorprendería que incluso supiera el odio que sientes contra mí. Quizá fue eso lo que me decidió… aunque eso no aclare el motivo del crimen. Lessy jamás le hizo daño a nadie.

—Rob, yo no te odio —dijo Norma con voz tensa—. No sé si era odio realmente lo que experimenté al principio, después de la muerte de mi marido, pero en cualquier caso debió tratarse de una ofuscación. Cualquier piloto se enfrenta a la muerte en un Gran Premio, y Labuse lo sabía perfectamente.

—Cada vez te comprendo menos.

Ella hizo un breve gesto de fastidio.

—Dejemos eso, Rob. Hacía mucho tiempo que no hablábamos tanto… Desde tus reuniones con Labuse, en casa, antes de cada carrera…

Él se quedó mirándola con una curiosa expresión en su cara.

—Es lamentable que haya tenido que ser por un motivo tan trágico, ¿no crees?

Norma dio un respingo.

—No comprendo…

—Que haya tenido que morir una mujer para que tú y yo tengamos una conversación cara a cara, eso es lo que quiero decir.

—¡Rob, es como sí… como si me acusaras de su muerte!

—Ahora eres tú quien saca las cosas de quicio. Me limito a constatar un hecho, simplemente.

—Pero lo haces de un modo odioso.

Rob se encogió de hombros. Miró el reloj y dio un respingo.

—Es muy tarde para mí, Norma. Aún me quedan todos los preparativos para el viaje y solo faltan unas horas para el vuelo. Créeme que lo lamento, pero habrá otras ocasiones de conversar,

especialmente cuando termine la temporada.

Ella asintió con un gesto. Por un instante, en sus bellísimos ojos azules relampagueó un chispazo de decisión, como si se dispusiera a decir algo importante o grave sobre lo que hubiera estado dudando hasta entonces. Luego, la luz se apagó y ella desvió la mirada, mientras Gill abonaba los cafés y se levantaba.

—¿Puedo acompañarte a tu hotel, o prefieres que llame un taxi para ti?

Norma murmuró:

—Iré andando, no está lejos. Y necesito caminar un poco, Rob. Tengo los nervios tensos.

—Lo comprendo... Bien, espero verte pronto.

Se estrecharon las manos sin calor, mirándose como si de repente ninguno de los dos supiera qué decir. Fue una despedida extraña y fría.

Después, cada uno se alejó en direcciones opuestas, tan opuestas como sus propias vidas.

CAPÍTULO XII

Monza, Avus, Montlhéry...

Italia, Alemania, Francia...

Y África del Sur. Inglaterra, Bélgica, Argentina...

El mundo entero es el escenario del gran circo formado por las competiciones de Fórmula 1, donde los bólidos compiten, se destrozan, se perfeccionan y los pilotos se matan.

O triunfan.

Rob Gill había triunfado, y seguía triunfando de tal modo que ya empezaba a inquietar a los grandes monstruos del volante, acosándoles en la lucha por el primer puesto del campeonato del mundo.

Nadie podía discutirle su arrojo, su temerario valor y la maestría con que conducía su bólido rojo en cada prueba.

Natham lo sabía y quizá por eso prefirió contemporizar un poco ante el disgusto del piloto.

—Está a punto de terminar la temporada, Gill —dijo con calma —. Dejemos las innovaciones para la próxima y entonces habrá tiempo de discutir sobre los nuevos motores y todo lo demás que le preocupa.

—Lo único que me preocupa es ganar —replicó Rob Gill de mal talante—. Podría estar en el primer puesto si ustedes me hubieran secundado.

—Eso es discutible. Los mejores pilotos del mundo se disputan el título de campeón... entre ellos los que pilotan coches con motor turbo. Hace años que experimentan con esos motores y les han proporcionado grandes triunfos, pero también sonoros fracasos. Eso lo sabe usted mejor que yo. La idea del señor Mendelberg es que, cuando nosotros empecemos con ellos, lo hagamos con mejores garantías, lo cual, si se detiene a pensarlo, es también muy beneficioso para usted.

Gill contuvo los deseos de mandarlo al infierno. Se limitó a decir con la misma voz llena de disgusto:

—Tengo la impresión de que sus deseos son que siga corriendo

como hasta ahora, consiguiendo buenas clasificaciones, pero sin ganar jamás una carrera. ¿Qué les pasa, tienen miedo de ganar?

Natham sacudió la cabeza.

—Eso es absurdo, Gill. Absolutamente absurdo, y le disculpo porque comprendo su estado de ánimo. Son muchas competiciones en una sola temporada. Afortunadamente, solo queda la prueba de Montecarlo y podrá descansar. Entonces nos ocuparemos a fondo de la modificación del coche.

—Ojalá sea así… porque en Montecarlo voy a ganar, Natham.

Este sonrió.

—Nadie le discute su derecho a llegar el primero, si lo consigue.

—Lo conseguiré. El circuito de Montecarlo es un circuito lento. Los turbo no podrán desarrollar toda su potencia, pero yo sí… y ganaré, les guste a ustedes o no.

—¡Pero, hombre, claro que queremos verle llegar el primero a la meta! Le aseguro que el señor Mendelberg estará encantado y entusiasmado si triunfa. Eso se lo garantizo.

Rob se levantó de la butaca. Dio un vistazo por el ventanal, hacia la impresionante panorámica de Londres que se distinguía en todo lo que alcanzaba la vista.

—De acuerdo —rezongó—. Dígaselo al señor Mendelberg cuando le vea.

—No sé cuándo estará de regreso, pero se lo diré.

Se estrecharon las manos sin que la tensión que parecía existir entre los dos se disipara. Rob Gill abandonó el lujoso despacho y salió a la calle extrañamente inquieto.

Quizá se debiera al hecho de hallarse de nuevo en Londres, donde Lessy había encontrado la muerte…

Apenas sin que su voluntad interviniera para nada, paró un taxi y ordenó al chófer que le llevara a Scotland Yard.

El inspector Davidson le miró extrañado al verle aparecer en su oficina.

—Ha pasado mucho tiempo, señor Gill —comentó tras ofrecerle una silla.

—Demasiado tiempo si tenemos en cuenta su fracaso, inspector.

El policía asintió de mala gana.

—Es cierto que no logramos detener al asesino de su amiga… Es uno de los crímenes más absurdos con que tropecé en toda mi

carrera.

—Si todos los crímenes absurdos los dejan ustedes sin resolver, me pregunto qué ha podido cimentar la fama de la policía inglesa...

Davidson le observó con una mirada casi dolorida.

—¿Ha venido solo para decirme eso, o pretende descargar sus tensiones con un pobre policía?

—Disculpe...

—Olvídelo. Uno se acostumbra. Pero le diré que para hacer la cosa aún más absurda, los documentos de la señora Labuse aparecieron en un buzón de correos. Alguien los depositó allí una vez utilizados. No los destruyó siquiera...

—No tiene sentido.

—Yo creo que sí lo tiene. He quemado muchas horas pensando en este caso.

—¿Y ha llegado a alguna conclusión?

—Tengo un par de ideas. Por ejemplo, utilizaron los documentos de las señora Labuse por dos razones. Primera, quienquiera que sea, sabía bien que ella estaba relacionada con usted, y, en cierto modo, con la futura víctima. Segunda, y más importante, pensó que nos lanzaríamos sobre esa mujer olvidándonos de todo lo demás, con lo cual ganaría un tiempo precioso... pero solo unas horas. Necesitaba unas horas de ventaja. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Perfectamente. El asesino consiguió su propósito, porque ustedes perdieron lastimosamente el tiempo con Norma.

—No podíamos hacer otra cosa. Al menos reconozca usted eso, Gill, por favor. Sin embargo, el criminal debía saber perfectamente que la pista de la señora Labuse nos detendría un tiempo muy corto, pero él lo necesitaba. Y ahora viene la otra pregunta aún sin respuesta: ¿Para qué necesitaba ese corto tiempo, esas pocas horas de ventaja?

—¿Para borrar su rastro?

—Pudiera ser, aunque lo dudo. Quizás ese corto espacio de tiempo era el que necesitaba para salir de Inglaterra. Lanzándonos a nosotros sobre la señora Labuse no vigilaríamos los aeropuertos y estaciones de un modo más rígido, porque ya tendríamos a la sospechosa ideal, sobre todo tratándose de una persona con cierta relación con la víctima. El asesino logró su propósito, aunque sea lamentable tener que reconocerlo.

—Entiendo.

—En todo lo demás no hemos adelantado un paso. Ni siquiera podemos imaginar aún el motivo del crimen. ¿Ha pensado usted en eso alguna vez?

—Millares de veces. Lo he intentado, puede estar seguro de ello. Pero también he fracasado.

—Y la señora Labuse...

—No la he visto últimamente, pero supongo que si a ella se le hubiese ocurrido alguna explicación se habría puesto en contacto con usted.

—Naturalmente, por lo menos lo prometió antes de abandonar Londres, después del crimen. Pero yo pensaba que usted y ella habrían seguido manteniendo un trato más o menos constante...

Gill arrugó el ceño y miró al policía con cierto recelo.

—No estoy muy seguro de lo que pretende decir con eso, pero de cualquier modo no me gusta su modo de decirlo.

Davidson sonrió beatíficamente.

—Es usted quien ha venido a mí despacho, Gill, yo no le llamé, así que si algo de lo que hablamos le disgusta, lo lamento, pero es estrictamente asunto suyo.

Rob se levantó.

—Debí haberme tirado al río antes de pensar en venir aquí... siento haberle interrumpido en su trabajo.

Se dirigió a la puerta sintiéndose disgustado consigo mismo, pero antes que pudiera abrirla el inspector dijo:

—Antes de que salga, permítame felicitarle por sus éxitos, Gill. He leído las reseñas de todas sus competiciones.

Él se volvió, intrigado.

—¿Es usted aficionado a las carreras de Fórmula Uno?

—Francamente, no.

—Entonces, su interés...

—En parte pura curiosidad, quizá porque usted participa, pero también por interés profesional. No cabe duda que ustedes viajan continuamente de un país a otro por todo el mundo.

—Eso es todo un descubrimiento —rezongó Gill con hiriente sarcasmo.

La mirada, ya no tan inocente, del policía, parecía haberse agudizado.

—Decididamente, está usted de mal humor. Me he alegrado de verle, pero cierre la puerta al salir… por favor.

—Me lo he ganado.

Salió y cerró silenciosamente.

De nuevo en la calle, se preguntó por qué diablos había ido al Yard. Todo lo que había conseguido era enturbiar todavía más su estado de ánimo.

Encontró a Falk en el bar del hotel, y a juzgar por su cara sombría no estaba de mejor humor que él mismo.

—¿Qué bebes? —preguntó, encaramándose a un taburete.

—Whisky con hielo.

Rob pidió lo mismo y entretanto el mecánico añadió:

—Debería estar bebiendo vitriolo.

—¿Qué demonios te ha dado?

—Otra vez han metido la pata eso malditos chupatintas.

Intrigado, Gill gruñó:

—Quizá si te dignaras descender a mí humilde altura intelectual, entendería algo de lo que estás diciendo.

—Los pasajes.

—Sigue siendo un acertijo.

—¡Maldita sea, te dije que quería viajar con los coches!

—¿Y qué? Ya lo has estado naciendo.

—Pero no esta vez. Los remolques-taller, los coches y todo lo demás están camino de Southampton para embarcar. Pero ya he de viajar contigo en el avión.

Rob Gill suspiró. Falk estaba volviéndose cada día más quisquilloso.

—Está bien, se lo repetiré a Natham cuando vuelva a verle. De todos modos es la última prueba de esta temporada. Para la próxima todo será distinto.

Falk se limitó a gruñir. El mozo trajo la bebida de Gill y este la saboreó en silencio durante unos instantes.

Falk carraspeó.

—¿Estuviste en Scotland Yard? —preguntó al fin.

—Sí.

—¿Y qué, tienen ya al hijo de perra que mató a Lessy?

—Ni siquiera sospechan de nadie concreto. Están igual que el día del crimen… hace casi un año.

—Me gustaría echarle la mano encima por mí cuenta —dijo el mecánico con voz neutra—. A pesar de todo, Lessy era una buena chica.

Rob le observó de reojo. A veces aún se sorprendía de las inesperadas reacciones de su fiel compañero.

—A mí también —gruñó al fin—. Te aseguro que ya no tendrían que juzgarle… ni ejecutarle.

Falk asintió con un gesto. Después de apurar el *whisky*, Rob dijo:

—En Montecarlo vamos a ganar, Falk.

—Ya lo has decidido, ¿eh?

—Seguro. Es un circuito ideal para anular a los turbo. Con un poco de suerte ganaremos.

—Eso está bien, pero me pregunto qué te ha decidido al fin a dar la batalla. Hasta ahora, nadie parecía tener ningún interés en que llegaras el primero. A veces pensaba que ni siquiera tú lo deseabas.

—¡Claro que quería ganar! Pero es difícil vencer a los malditos turbos, y Mendelberg tampoco ponía nada de su parte. Pero esto se acabó.

Un tanto intrigado, el mecánico ladeó la cabeza y le miró recto a la cara.

—¿Has hablado con Norma acaso? —le espetó.

—No. Ella no tiene nada que ver con eso.

—Pensé que quizá te había vuelto a llenar la cabeza con sus alfilerazos…

—Hace mucho tiempo que no la veo. Tal vez haya desistido de seguir la competición.

Falk sacudió la cabeza y masculló:

—Estuvo en todas las competiciones en que hemos tomado parte, aunque tú no la hayas visto.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, es suficiente.

—¿Por qué nunca me dijiste nada?

—No creí que fuera necesario. Te apuesto doble contra sencillo a que ya está en Montecarlo, esperando… como los buitres.

—Si es así, esta vez me verá triunfar —rechinó Rob entre dientes.

Falk hubiera querido estar tan seguro como él, pero se abstuvo

de todo comentario. Apuró los restos de su bebida y saltando del taburete anunció tan solo:

—Voy a preparar la maleta, Rob. ¿Sabes una cosa? Tengo ganas de descansar, de que acabe la temporada y pueda tumbarme al sol y no pensar en nada.

—Bueno, en cierto modo yo siento lo mismo.

Falk abandonó el bar. Ninguno de los dos podía sospechar que pronto descansaría por toda la eternidad…

CAPÍTULO XIII

El sol ardía sobre Montecarlo dando el pretexto a las mujeres para exhibir casi toda su piel morena. Calles, paseos, playas... Era como si en todo el principado no hubiera más que mujeres bellísimas casi desnudas.

Sentado en una sombreada terraza del Paseo de los Ingleses, Rob Gill dejaba vagar la mirada hacia el mar, quieto como un cristal. De vez en cuando, sus ojos captaban la figura turbadora de alguna mujer, pero en realidad no pensaba en ellas de un modo consciente.

Estaba relajado, pensando en la ya próxima carrera y en que la iba a ganar. Era algo que se había aposentado en su mente y en su voluntad como un hecho irrebatible, algo que no ofreciera ya la menor duda.

Así le encontró Falk, pero el mecánico no estaba ni relajado ni seguro de nada. En realidad estaba tan furioso como Rob no recordaba haberlo visto nunca.

—¡No han llegado! —estalló por todo saludo.

Gill dio un brinco.

—¿Los coches? —Jadeó.

—Aún no están aquí, y faltan menos de veinticuatro horas para las pruebas de clasificación.

Rob Gill sintió un escalofrío en todos los nervios.

—¡Condenación! ¿Dónde están, qué ha sucedido con la expedición?

—Todavía no lo sé.

—Pero embarcaron en Southampton... han tenido tiempo sobrado de llegar.

Falk acercó un sillón metálico y se dejó caer en él como si las piernas no pudieran sostener su peso.

—Algo les ha retenido en alguna parte —masculló secándose el sudor que corría por su cara—. He llamado a Londres y nadie sabe nada. Natham no estaba en su despacho... supongo que está en camino hacia aquí. Ya te dije que no se podía confiar en esta gente...

—Empiezo a pensar que debiera haberte hecho caso. Bueno, toma algo fresco y luego nos ocuparemos de localizar la caravana. Tres remolques con sus coches no pueden esfumarse en el aire.

Falk pidió una cerveza y estuvo despotricando entre dientes todo el tiempo que el camarero tardó en servirle.

Rob murmuró:

—Llamaremos por teléfono otra vez. Han tenido tiempo sobrado de atravesar Francia… de modo que deben encontrarse en alguna parte de la ruta, quizá con averías. O hubo un accidente, vete a saber. De cualquier modo uno de los bólidos tiene que llegar a tiempo de tomar parte en las pruebas de clasificación. He planeado esta carrera como ninguna otra en toda mi vida y no voy a resignarme a quedarme fuera antes de empezar.

—Alquilaré un coche —decidió Falk—. En la frontera es posible que sepan algo, y si llegan empezaré a trabajar a bordo de los remolques para ganar tiempo, aunque los bólidos estaban bien antes de salir de Inglaterra.

—De acuerdo, yo me ocuparé del teléfono.

El mecánico acabó la cerveza y levantándose dijo:

—Si consigues localizarlos, telefonea al puesto fronterizo. Yo estaré allí.

Cuando giró para marcharse casi tropezó con Norma, que se había detenido tras él.

—¡Cristo! —gruñó—. Tú eres lo único que nos faltaba.

Se alejó a grandes zancadas mientras Rob se levantaba tan asombrado como Falk.

—Así que estabas aquí —dijo—. Falk terna razón.

Ella se sentó en la silla que acababa de quedar libre.

—¿Qué le pasa a tu fiel camarada? Parecía histérico…

—Tenía motivos. ¿Qué quieres beber?

—Cualquier cosa con tal que sea fresca.

Rob hizo una seña al camarero. Después que este hubo anotado el pedido comentó:

—¿Qué harás después que haya acabado la competición?

—Volveré a Los Ángeles.

—¿A hacer calceta y a ver la televisión, como dijiste una vez?

Ella sonrió.

—Posiblemente. ¿A qué se debe la excitación, Rob?

Este hubo de explicarle lo que sucedía con la expedición.

El camarero se acercó con las bebidas, y solo después que se hubo alejado ella murmuró:

—Sería una lástima que perdieras esta última oportunidad de la temporada...

—¿Oportunidad de qué?

Ella le miró serenamente.

—De ganar —dijo con una leve sonrisa.

—Ya veo.

—Ganando esta prueba te colocarías tercero en el *ranking* mundial de pilotos.

—Llevas un buen control.

—Tengo una larga práctica, ¿no crees?

—Sigo desconcertado contigo.

—Quizá porque entiendes mucho de coches, pero nada de mujeres.

El bebió todo su refresco apenas sin respirar, como si quisiera ahogar su desconcierto en el vaso. Luego dijo:

—He de ocuparme de localizar los remolques, Norma. No puedo quedarme a charlar ni un minuto más.

—Te acompañaré si quieres. Tengo amistades aquí, algunas muy influyentes. Tal vez pudieran ayudarte.

—No veo qué podrían hacer por muy influyentes que sean, pero por supuesto me gustará que vengas conmigo.

Echaron a andar por el paseo hacia el hotel de Gill. Tras unos minutos de caminar en silencio la muchacha dijo:

—¿Sabes algo nuevo sobre la muerte de Lessy?

El sacudió la cabeza.

—Nada. Y la policía inglesa tampoco. Ni una maldita idea, ni una pista...

—¿La echas de menos, Rob?

Él la miró, intrigado.

—Naturalmente. Vivimos juntos más de un año...

—¿Qué clase de mujer era?

—Haces cada pregunta de antología, Norma... Y en unos momentos en que tengo otras cosas más graves en que pensar. No entiendo la desaparición de toda la caravana. Son tres remolques y todo el equipo, hombres, bólidos, el taller... Todo —gruñó con voz

ronca—. Ya deberían haber llegado hace horas.

—¿Adónde ha ido Falk?

—Pensaba alquilar un coche y trasladarse a la frontera por dónde deben entrar en Mónaco.

Tras un corto silencio, la muchacha murmuró:

—Falk me detesta, ¿no es cierto?

—Cree que solo esperas verme fracasar.

—Y tú, ¿piensas lo mismo?

—Sinceramente, no lo sé. Me desconciertas.

Habían llegado al hotel y al entrar en el fresco vestíbulo el piloto hizo los arreglos para hablar inmediatamente con la oficina de Mendelberg en Londres.

Cuando salió de la cabina su rostro tenía una expresión sombría.

—No saben una palabra. Natham tomó el avión a la hora prevista, y lo último que supieron de la expedición es que había embarcado normalmente en Southampton.

—Tal vez lleguen a tiempo, Rob. Faltan casi veinticuatro horas para las pruebas de clasificación.

—Quizá...

Pero no fue hasta primera hora de la noche cuando les llegaron las primeras noticias.

Habían cenado juntos en el hotel, y justo mientras saboreaban el café un camarero anunció una llamada para Rob.

Era Falk, desde el otro lado de la frontera. La voz del mecánico sonaba tensa. Apenas podía reprimir su furia.

—¡Están en la carretera, Rob! —aulló a través del auricular y la distancia—. Parados como caracoles...

—¿Qué les ha detenido?

—Hubo un accidente de un camión tanque que transportaba gasolina. Se incendió convirtiendo la carretera en un infierno, así que detuvieron la circulación. Hay un amontonamiento de coches y camiones impresionante, de modo que no pueden ir atrás ni adelante.

—Ya veo...

—Escucha, voy a intentar sacar uno de los bólidos de ahí. Si consigo alquilar un camión para transportarlo lo haré deslizar por un terraplén, hasta un camino de tierra que hay cerca de la carretera... Es lo único que se me ocurre. En realidad, es lo único

que se puede hacer, porque al estallar el camión tanque destruyó el firme y no pasaría ni un *jeep*. Mucho menos tres remolques tan grandes y pesados.

Rob suspiró, desalentado.

—Muy bien, Falk, haz lo que puedas. Solo recuerda que es preferible renunciar a la carrera que dañar el bólido.

—Bien… deséame suerte.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Rob colgó despacio, absorto en sus lúgubres pensamientos.

Se le antojaba que hasta el destino se ponía contra él para que no ganara esa última carrera de la temporada…

CAPÍTULO XIV

Era el clásico camión de mudanzas, para el traslado de muebles. Hubo que improvisar unas rampas para sacar el bólido rojo de su interior, todo ello entre los gritos de Falk, sus maldiciones y denuestos. El hermoso bólido estaba cubierto de polvo, pero había llegado.

—No comprendo a esos idiotas —dijo Falk, secándose el sudor con un sucio pañuelo—. No querían sacar el coche del remolque hasta recibir instrucciones de Natham... ¡Maldita sea, después de lo que me costó convencer al tipo del camión...!

Rob dio una vuelta en torno al coche. Entretanto, Falk seguía explicando:

—Conseguí llevar el camión por el camino de tierra hasta la altura de los remolques... allí no podía dar la vuelta y esos bastardos se negaban a dejarme sacar el coche... Casi hube de liarme a bofetadas para llevármelo...

—El caso es que está aquí, Falk, pero si tiene la menor avería no habrá repuestos con que solucionarla.

—Traje algo, poco. Está en el camión, así como dos juegos de cubiertas. En la frontera tuve otra pelotera con los aduaneros, pero al fin nos dejaron pasar.

—¿Y los mecánicos, se quedaron todos allí?

—Hay dos o tres en camino, pero por mí podrían haberse quedado donde estaban. Pandilla de...

—Olvídalo. Vamos a ocuparnos del coche. Las pruebas empezarán dentro de tres horas, y después los coches quedarán cerrados por los comisarios de carrera, así que ya no podremos hacer nada más.

Falk dio un vistazo por encima del hombro de Rob y rezongó:

—No pudiste sacudírtela, ¿eh?

—¿Qué?

—Norma.

Gill se volvió. La muchacha se aproximaba con pasos presurosos, toda su bellísima figura recortada por el brillo del sol.

—Creo que estás equivocado respecto a ella, Falk.

El mecánico soltó un juramento.

—Ojalá —gruñó—, pero no lo creo... Ave de mal agüero...

Cerró la boca cuando Norma se les unió. Sus ojos fueron hacia el bólido y comentó con una sonrisa:

—De manera que lo conseguiste al fin...

Falk se alejó rezongando. No había dado ni tres pasos cuando un hombre le cerró el paso, sonriendo.

—Oí decir que tenían ustedes problemas...

El mecánico levantó la mirada y en el primer instante no pudo reconocerle. Después sí, y dio un respingo, asombrado.

El hombre asintió con un gesto.

—También nosotros tenemos vacaciones de tarde en tarde, ¿sabe usted?

—Ya lo veo... inspector. Está usted muy lejos de Londres.

—No tanto como parece. Hay excelentes comunicaciones hoy día.

—¡Hábleme a mí de comunicaciones! —estalló Falk, alejándose.

Davidson le siguió con la mirada y una leve sonrisa en sus delgados labios. Luego, sacando humo de su pipa, caminó hacia donde Rob Gill y Norma esperaban, no menos asombrados que Falk.

El policía inglés estrechó sus manos con calor. Repitió lo de sus vacaciones y añadió:

—Es la primera vez, en toda mi vida, que asisto a un Gran Premio de Fórmula Uno. Gill. Espero que haga usted un buen papel.

—Voy a ganar —sonrió el piloto—. Jamás había estado tan seguro de mí mismo como esta vez.

—Lo celebraré... ¿Cómo está usted, señora?

—Más o menos, de vacaciones igual que usted. Rob dijo que no habían adelantado ustedes un paso en la investigación de la muerte de Lessy...

—No me recuerde mis fracasos, señora. Aunque, quizá, en poco tiempo todos llevemos una sorpresa.

Gill enarco las cejas.

—¿Han descubierto ustedes algún indicio nuevo?

—Amigo mío, estoy de vacaciones, así que dejemos los asuntos profesionales para mejor ocasión. Además, no quiero preocuparle antes de la gran prueba, de modo que enséñeme usted su bólido y

luego me iré. Nunca vi un monstruo de esos.

Rob le llevó hasta el March rojo, contándole las vicisitudes que habían pasado para traerlo. Norma, intrigada, no apartaba la mirada del policía.

Cuando se apartaron del coche, el inspector sacudió la cabeza.

—Es fascinante —comentó—. Toda una aventura. ¿Qué ocurrirá cuando se hayan efectuado las pruebas?

—Nada. Los coches quedarán controlados por los comisarios de carrera hasta el momento de la salida, mañana.

—Ya veo. Lo que dije antes, sencillamente fascinante.

Se despidió con su aire tranquilo y desapareció entre la multitud de mecánicos, reporteros y curiosos que llenaban el recinto.

Norma murmuró:

—¿Crees realmente que está de vacaciones?

—Supongo que sí. Bien, he de prepararme. Deséame suerte, aunque solo sea por esta vez.

Ella levantó la mirada. Sus profundas pupilas azules se hundieron en los ojos de él firmes y sinceras.

—Te deseo toda la suerte del mundo, Rob. Y ahora, si te sirve de algo, te diré que debes clasificarte entre los cinco o seis primeros, si quieres tener una oportunidad en este circuito.

—Lo sé. Labuse y yo lo habíamos discutido más de una vez.

Iba a separarse de ella cuando la mano de la muchacha le sujetó por el brazo un instante.

—Rob...

—Labuse te admiraba más de lo que nunca imaginaste. Le debes por lo menos una victoria.

El asintió incapaz de hablar. Cuando quedó sola, Norma aún musitó, como si hablara para sí misma:

—Suerte...

Rob Gill se clasificó en cuarta posición para la parrilla de salida del día siguiente.

* * *

En la oscuridad, los bólidos semejaban fieras agazapadas, brillantes y acribillados de anuncios.

Falk arrojó el cigarrillo, extrañamente inquieto. Tenía un

sombrío presentimiento que no lograba explicarse, pero estaba seguro de que algo andaba mal.

No sabía qué era. Ni siquiera podía imaginar el origen de esa inquietante sensación. Quizá fuera algo que viera no sabía cuándo ni dónde, pero era algo que estaba allí, amargándole la noche.

Al fin dio la espalda a los coches y caminó sin prisas hacia el *capitoné* de mudanzas que se había convertido en taller improvisado.

Una vez dentro revisó una vez más los escasos repuestos que habían podido traer, las grandes cubiertas, las herramientas...

Todo parecía estar en orden. Claro que faltaban infinidad de repuestos y herramientas. Pero no podía esperarse que cargara con todo el taller en unos minutos. Además, no le habían dejado llevar todo lo que habría deseado. No le habían dejado...

Se enderezó de pronto con una corriente de hielo culebreándole por la espalda. Ahí debía estar el origen de su inquietud.

Dio un brinco hacia la puerta del camión y saltó al suelo como si volara. Apresurado, buscó la salida del recinto.

Había luces aquí y allá, en las ventanillas de los remolques que servían de vivienda a los mecánicos de los equipos. En alguna parte zumbaba un aparato de televisión.

Llegó a la valla de madera y ni siquiera buscó el portón. Saltó por encima y justo cuando se alejaba una sombra surgió de las tinieblas, cerrándole el paso.

Falk se detuvo, intrigado. La sombra se movió. En la mano derecha del desconocido Falk vio el brillo opaco de un revólver de largo cañón.

—¿Qué demonios? —barbotó—. No llevo ni cincuenta francos encima.

La sombra no replicó. El largo cañón del revólver escupió una breve llama, pero no hubo ningún ruido.

Falk se dobló, inundado de dolor. Otro disparo le derribó de espaldas y por un instante fugaz vio, allá, en lo alto, el hermoso y rutilante brillo de las estrellas. Después, como si alguien diera vuelta a un interruptor, se apagaron todas de golpe y él entró en la negrura de la muerte sin saber siquiera por qué moría.

* * *

Con el rostro ceniciento. Rob Gill paseó la mirada por el chillón espectáculo de los últimos preparativos. Habían llegado tres de los mecánicos del equipo que se afanaban con el bólido rojo, pero Falk no estaba allí, ni nunca más volvería a estar a su lado.

Norma murmuró:

—Quizá fuera mejor que te retirases, Rob… La muerte de Falk te ha afectado demasiado.

—Voy a correr, Norma. Voy a correr como jamás lo hice antes, aunque solo sea como homenaje a él. Falk siempre confió en mí… era parte de mí mismo en cierta forma.

Ella se limitó a asentir en silencio. La muerte del fiel mecánico había llenado todas sus últimas horas. Gill nunca hubiera imaginado que Falk significara tanto para él.

Los dos se miraron largamente antes de que él entrara en el coche. Norma trató de sonreír y fracasó. Sus manos se engarfiaron en los brazos del piloto y con voz rota dijo:

—Suerte, Rob. Tienes que ganar esta carrera. Puedes ganarla y lo sabes.

—La ganaré, aunque sea lo último que haga en este mundo. Por Falk, por Labuse… Por ti.

—Hazlo. Después, yo estaré esperándote.

—De modo que era eso.

—Siempre fue así, Rob.

—Fui un estúpido.

Esta vez, ella logró sonreír. Sus ojos estaban llenos de luz.

Gill se deslizó en el asiento. Uno de los mecánicos se acercó para ajustarle los cinturones de seguridad y luego le colocó el casco.

En la cuarta posición de la parrilla, ya listo para la salida, Rob intentó ladear la cabeza y ver a Norma antes de empezar a correr. No lo logró. Ahora estaba solo. Solo con su hermosa máquina de la que iba a depender todo.

Falk… Debía ganar. Desde cualquier lugar que estuviera su espíritu, el mecánico se sentiría orgulloso de él. Tenía que ser así.

Las tribunas hervían con una multitud alegre y dispuesta a gozar de las emociones de un Gran Premio. Cientos de miles de ojos fijos en el circuito.

Y en los boxes, más allá de los tres mecánicos, Norma esperaba. Con el corazón latiéndole en la garganta de puro miedo, esperaba.

No vio llegar al inspector Davidson hasta que lo tuvo al lado.

Eso fue otra sorpresa, porque se le antojó que aquel hombre ya no quedaba nada de su bonachonería, ni de su mirada tranquila y sosegada.

Al fin murmuró:

—¿Se enteró de lo ocurrido con el mecánico, inspector?

—Estuve hablando con la policía local. Ellos pensaban que se trató de un atraco y que Falk se resistió.

—Y usted, ¿qué opina?

—Señora, fue un asesinato con todas las agravantes.

Norma se disponía a saber más, pero el rugido de la multitud, ahogando el zumbido de los motores, la obligó a girar hacia la pista.

Los bólidos saltaban en aquel instante hacia adelante. Por un instante pareció que iban a estrellarse unos contra otros y contuvo el aliento. Después, entre la marea de colores, una llama roja semejó abrirse paso a creciente velocidad y rugió detrás de dos Renault Turbo y un coche azul que desaparecía en la primera curva.

Sin advertirlo, Norma murmuró:

—Que Dios le ayude.

Davidson deslizó su mano hasta el brazo de la muchacha y dijo mirándola con fijeza:

—Usted le ama. ¿No es cierto?

—Siempre le ame.

—Estaba seguro. Ahora sí debe rezar, señora, porque ni él mismo sospecha que pilota una auténtica bomba.

—¿Qué?

—No se alarme… era un modo de hablar. No explotará si es eso lo que teme.

—Pero usted…

—¡Mire!

Ella giró en redondo. El bólido rojo pasó por la recta como una loca exhalación, lamiéndole el estabilizador a un Renault Turbo que pugnaba por despegarse de aquel demonio rojo.

Tras el coche de Gill pasó, como una ráfaga de luz, el bólido azul. Norma chilló:

—Le ha pasado… ha adelantado a ese coche…

Davidson se relajó. Sacaba humo por su cachimba como si eso

fuera lo más importante de este mundo.

Tan importante por lo menos como la tarea de los pilotos.

Rob mantenía la tercera posición a pesar de los intentos de otros pilotos por desbancarle. Norma temblaba, y Davidson gruñía de vez en cuando.

Y la carrera continuaba.

Cuando el bólido rojo entró en boxes por primera vez, Norma se precipitó hacia él conteniendo sus emociones para no inquietar a Rob Gill.

Este gruñó:

—Algo va mal, precisamente cuando Falk no está aquí...

—Tranquilízate, querido.

Él la miró por la rendija del casco. Trató de sonreír bajo la máscara blanca de protección y entonces el mecánico que llenaba el depósito dio un grito de advertencia.

Antes de salir, él aún gruñó:

—No sé qué pasa con los indicadores de nivel...

El coche rugió y se perdió en la pista como un rayo.

Al salir del túnel, Rob vio a un Tyrrell delante. Se pegó a su cola mientras trataba de olvidar el problema de los indicadores de gasolina. Tenía que adelantar a ese Tyrrell para alcanzar de nuevo a los dos turbo que corrían en cabeza.

El Tyrrell hizo un extraño coleteo al salir de la curva *chicane.* Su piloto aún luchaba por dominarlo cuando el bólido rojo le pasó semejante a un chispazo de fuego y se perdió más allá, en el siguiente viraje.

Gill dio un vistazo inquieto al indicador de gasolina. Debería señalar «lleno» y no era así... No comprendía qué era lo que andaba mal.

Si Falk...

Sacudió la cabeza. Tomó el viraje Loews con los neumáticos aullando y aceleró después del cambio a tercera. La cuarta chirrió un poco. Aceleró y la quinta entró suave y silenciosa. De nuevo se hundió en el túnel, y a la salida cazó a los Renault, que volaban ante él mucho menos veloces de lo que eran capaces.

Gill rechinó los dientes. Ahí estaban. Hizo una brutal reducción para tomar la curva *chicane,* y luego se lanzó igual que un halcón sobre el más próximo de los turbo.

Iba pegado materialmente a él cuando pasaron ante los boxes. Veía el estabilizador del Renault allí mismo, como si estuviera sobre el morro de su propio bólido.

El Renault hizo un desesperado intento para despegarse, pero la inminente proximidad de la siguiente curva le impidió desarrollar toda la enorme potencia de su motor turbo, de modo que salió de la curva con un ligero bandazo... y el bólido rojo se lanzó rugiendo por su lado en una arriesgada maniobra.

Rob Gill dio un vistazo a los retrovisores. El Renault quedaba atrás, cada vez más lejos.

Ya estaba en segunda posición.

Pensó de nuevo en Falk, y en Norma...

Más allá del viraje Loews logró dar alcance al otro Renault Volaba materialmente ante él con la absoluta seguridad de su veterano piloto. En un circuito de grandes velocidades jamás habría podido darle alcance, pero en Montecarlo los turbo debían limitar sus posibilidades.

Aceleró lo justo para pegarse a su cola. Oyó el griterío de la multitud cuando pasaron ante los boxes a una velocidad suicida. Luego, la siguiente curva hizo el resto y en el túnel Gill aceleró, zambulléndose materialmente en la penumbra emparejado a su adversario.

Hundió el pedal a mitad del túnel. Sabía lo que arriesgaba. Adelantó al Renault como una bala, y se encontró enfrentado a la curva de salida con las velocidades chirriando salvajemente en la brutal reducción.

Notó el balanceo del coche, a punto de iniciar un «trompo». Sintió el hielo en la sangre, pero lo dominó y salió del apuro con el motor aullando toda su potencia.

Aumentó la distancia que le separaba de sus perseguidores adelantando dos coches que parecían tener problemas. Ya no veía a ninguno de los Renault.

Lo había conseguido, y a esa altura de la carrera nadie podría arrebatarle el triunfo.

Falk estaría orgulloso de él. Dominaba la carrera en el primer puesto, y sabía que lo había conseguido con autoridad, en buena lid.

Dio un vistazo a los indicadores y por poco no perdió el control

del coche. La aguja del indicador de gasolina estaba abajo. Y debería quedar casi medio depósito. El indicador estropeado… no podía ser otra cosa.

Siguió manteniendo la loca velocidad del bólido. Ahora notaba una extraña lasitud, la embriagadora sensación del triunfo.

Los altavoces aullaban su nombre como piloto que corría en primer lugar. La multitud vibraba y las vueltas se sucedían acercándole más y más a la victoria definitiva. Ahora ya todo el mundo sabía que los otros pilotos no tenían una oportunidad de desbancarle.

Y entonces, al salir del túnel, el motor comenzó a ratear de un modo que daba grima. Gill maldijo entre dientes mientras el bólido perdía velocidad…

Lo apartó a un lado. El motor soltó un extraño rateo y luego se paró.

Rob Gill cerró un instante los ojos, aturdido, con la ira burbujeando en su interior como lava de un volcán. Se había quedado sin gasolina, eso era.

Ni siquiera vio los bólidos que pasaban zumbando por su lado. Soltó los cierres de los cinturones de seguridad y entonces, por la parte exterior del circuito, llegaron los primeros auxilios, solo que no había nada que auxiliar.

—Llévenme a los *boxes* —dijo tan solo.

El coche y la ambulancia se alejaron. Para Rob Gill la carrera había terminado.

Norma se lanzó en sus brazos cuando le vio llegar. Él la apartó con brusquedad, caminó hacia donde estaban los mecánicos y solo gruñó:

—¡Hijos de perra!

Disparó el puño y el más próximo voló dando tumbos hasta caer hecho un ovillo. Iba a enfrentarse a los otros dos, pero en aquel instante surgieron un grupo de desconocidos que rodearon a los tres mecánicos, y aquellos hombres llevaban pistolas y parecían muy dispuestos a utilizarlas.

Estupefacto, Gill graznó:

—¿Qué demonios…? Apártense, esto es cosa mía.

Tras él, Davidson dijo:

—No, Gill, esto es cosa de la ley. ¿Dónde dejó el bólido rojo?

—A la salida del túnel… Se quedó sin gasolina por culpa de esos inútiles, justo cuando estaba ganando la carrera.

—No podía ganarla de ningún modo, con un depósito de gasolina reducido a la mitad de su capacidad.

—¿De qué infiernos está hablando?

—No lo hemos comprobado todavía, pero no puede ser de otro modo. En los remolques parados en la carretera hemos encontrado los depósitos de repuesto, perfectamente normales. Pero el que llevaba instalado el otro bólido rojo no era normal en absoluto.

Desconcertado, Rob miró a los mecánicos que estaban siendo esposados. Davidson añadió:

—El depósito trucado eran en realidad dos depósitos en uno. El central, lleno de gasolina, y entre este y la pared exterior una cavidad conteniendo heroína por valor de trece millones de dólares. Sume dos depósitos en cada viaje que hacían ustedes y tendrá veintiséis millones de dólares por desplazamiento.

Norma contuvo el aliento. Gill apenas pudo articular:

—¿Usted lo sabía cuando vino aquí?

—Sabíamos que el tal Mendelberg era la cabeza de una formidable organización internacional de drogas. Ignorábamos cómo operaban, y tampoco sabíamos si usted y su mecánico estaban complicados en el tráfico. Ahora, Mendelberg y su mano derecha Natham, han sido detenidos, y están cayendo cabezas en distintas partes del mundo.

—Debí suponer que había algo sucio detrás de Natham y Mendelberg. Arriesgaban demasiado dinero para no tener apenas beneficios.

—Los obtenían de ese modo… digamos marginal. Cuando los bólidos llegaban al país en que se iba a celebrar la competición, los mecánicos de Mendelberg cambiaban simplemente los depósitos de combustible. Falk debió sospechar a última hora, cuando cayó en la cuenta de que le habían impedido llevarse un solo depósito de repuesto. No podían permitir que descubrieran el pastel. Por eso murió.

—Malditos… Ojalá lo hubiera descubierto yo antes, para haberles aplastado.

—Tal vez de haber sido así ahora estaría usted muerto, quién sabe… Uno de los hombres de Mendelberg fue también quien

asesinó a su amiga en Londres. Gill. Hemos obtenido una declaración y de ella se desprende que la sorprendieron curioseando uno de los bólidos, en el remolque, cuando estaba preparado para el viaje.

—Ya veo…

—Temieron que hubiera descubierto la verdad, o que entrara en sospechas. Fue lamentable. Hemos obtenido la colaboración de la policía monegasca, pero de momento trataré de que usted y la señora Labuse queden al margen del caso… Por lo menos, mientras ambos se encuentren aquí.

—¿Y luego?

—Bien, sería muy conveniente que hicieran una declaración completa… si alguna vez vuelven a Londres. Pero aquí, en Montecarlo, con este sol, un mar tan cálido y después de este desagradable episodio, imagino que los dos tendrán otras cosas que hacer. Gracias por el emocionante espectáculo que me ha proporcionado usted, Gill. Ha sido una emocionante carrera… mientras duró.

De nuevo volvió a parecer un pacífico contable de una empresa rutinaria. Le vieron hablar con los policías locales y luego alejarse con ellos, mientras la carrera continuaba en el circuito.

Norma susurró:

—De cualquier modo, Rob, has ganado la carrera. No importa lo sucedido. Para Falk, para Labuse… para ti, tú eres el ganador.

Gill la miró al fondo de aquellos inmensos ojos azules. Acabó por sonreír y asintió en silencio.

Ella añadió:

—Nos iremos a Los Ángeles tan pronto te hayas cambiado de ropa. Tengo los pasajes del avión.

—Dabas por hechas muchas cosas, ¿no es cierto?

—Sabía que te quería.

—Así de sencillo.

Bruscamente, ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Así de sencillo.

Estrelló los labios contra su boca. Su aliento ardía y era fresco al mismo tiempo, y a través de su boca se desbordaba el amor, el deseo, la promesa de un futuro sin sombras.

Rob Gill la abrazó a su vez, y sin dejar de besarla, levantándola

en vilo, echó a andar hacia el *capitoné* para cambiarse de ropas.

Las carreras habían terminado. O quizá, para él, empezaba la más difícil. Uno nunca sabe.

F I N

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona

Precio en España
60 ptas.

Impreso en España